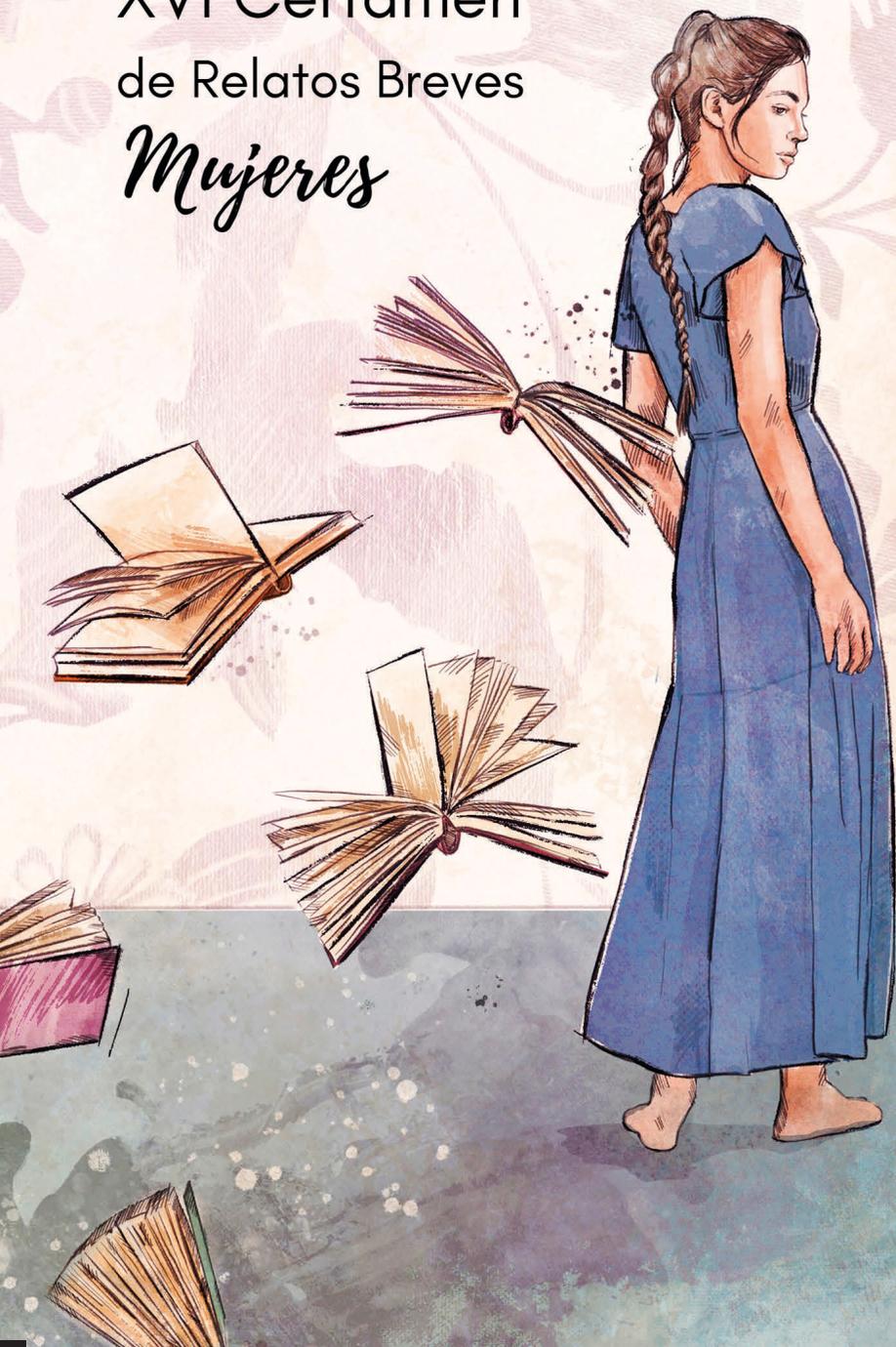
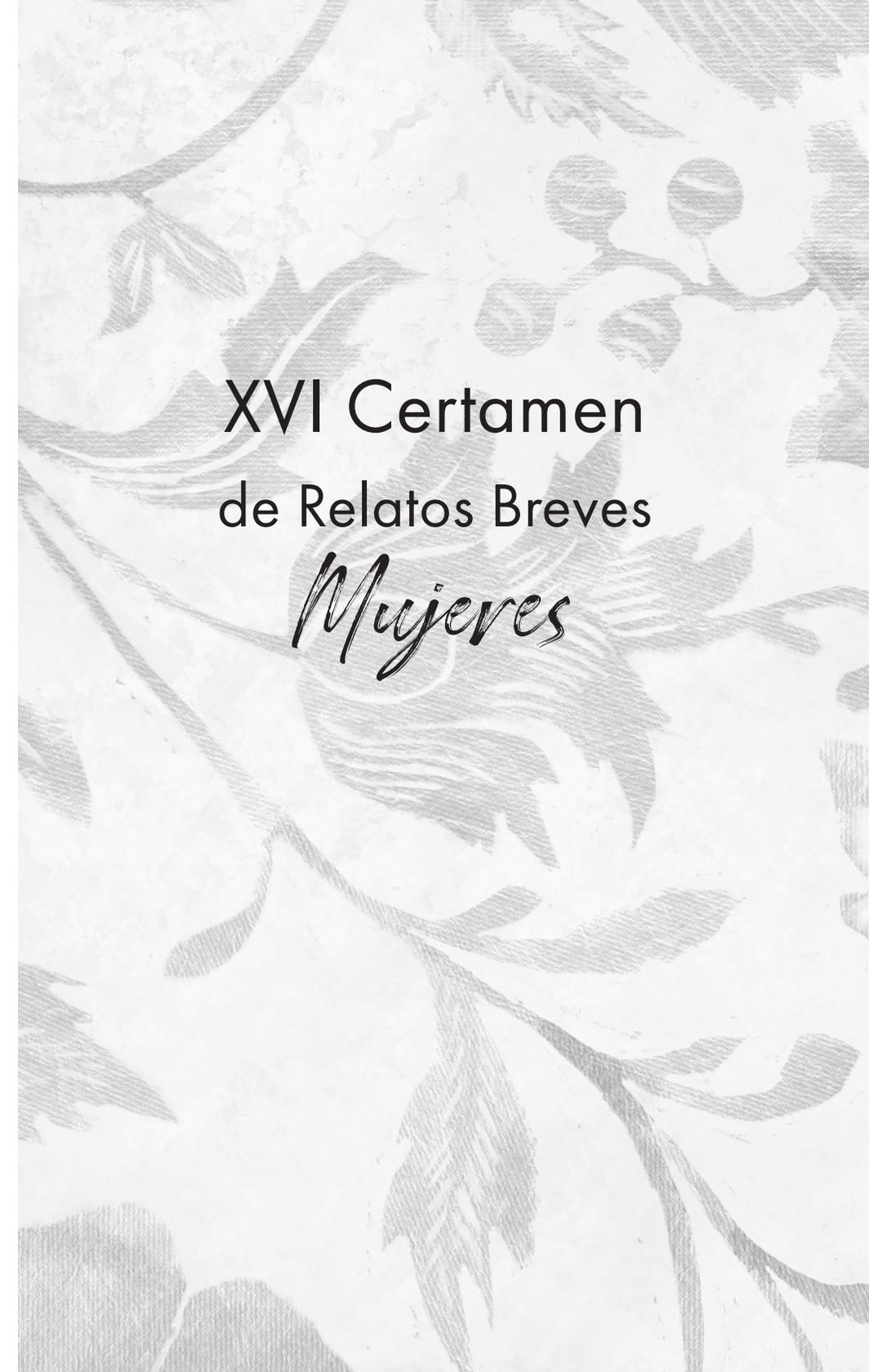


XVI Certamen
de Relatos Breves
Mujeres







XVI Certamen
de Relatos Breves

Mujeres

Edición

Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

© de esta edición 2021

Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

© de los textos de los relatos

Las autoras

Ilustradora

Irene León

Maquetación

Mónica Pedrós

Impresión

Litografía Gráficas Sabater, S.L.

Depósito Legal

TF 140-2022

XVI Certamen
de Relatos Breves
Mujeres

María Salomé Chulvi Lleó

María Maite García Díaz

Surayma María Amoedo Rodríguez

Lucía Naveiro Grande

María del Pilar Obesso Martín

María Rocío Pollo Martín

Laura Urbina Muñoz

Santa Cruz de Tenerife 2021

Índice

- 08 Presentación
 Jose Manuel Bermúdez Esparza
- 10 Prólogo
 Yurena González Herrera
- 14 El árbol de las mujeres
 María Salomé Chulvi Lleó
- 22 La madre de María
 María Maite García Díaz
- 32 Heridas
 Surayma María Amoedo Rodríguez
- 46 Calle del Silencio
 Lucía Naveiro Grande
- 58 La tabla de salvación
 María del Pilar Obesso Martín
- 68 El chichón
 María Rocío Pollo Martín
- 76 Penélope
 Laura Urbina Muñoz
- 91 Jurado

Presentación

Santa Cruz de Tenerife aspira a ser una ciudad igualitaria. Por ello se afana, desde hace décadas, en visibilizar aquellos ámbitos en los que el papel de la mujer no ha estado suficientemente significado y, por ello, lograr que ocupe el lugar que le corresponde.

Así, este año podemos presentarle los relatos que han sido seleccionados en el XVI Certamen de Relatos Breves “Mujeres”, y en concreto la obra ganadora: “El árbol de las mujeres”, de la escritora María Salomé Chulvi Lleó.

Es este, como el resto de las obras señaladas, un relato que tiene como objetivo dar visibilidad a la literatura escrita por mujeres, acerca de situaciones o realidades que les afectan directamente a ellas, y en muchas ocasiones no suficientemente conocidos.

“El árbol de las mujeres” es un dibujo claro, preciso y sin ambages de una realidad terrible que cada año viven miles de mujeres del Planeta, completamente indefensas ante una muestra implacable de fanatismo y la intolerancia. A su autora, María Salomé Chulvi Lleó, va mi primer reconocimiento.

Pero este certamen, y esta publicación, no se queda aquí. Ha destacado, además, otras obras que por diferentes valores han sido reconocidas por el jurado: “La madre de María”, de María Maite García Díaz (mejor autora local); “Heridas”, de Surayma María Amoedo Rodríguez (primer accésit); “Calle del silencio”, de Lucía Naveiro Grande (segundo accésit); “La tabla de salvación”, de María del Pilar Obesso Martín (tercer accésit); “El chichón”, de María Rocío Pollo Martín (cuarto accésit); y “Penélope”, de Laura Urbina Muñoz (quinto accésit) son el resto de las obras destacadas por el jurado y que, por tanto, están incluidas en esta edición.

Perseguimos con esta publicación, con este certamen, contribuir a que la literatura escrita por mujeres consolide su papel en la industria editorial; que la literatura escrita por mujeres ocupe el papel relevante que debe tener y, sobre todo, que la sociedad conozca dicha literatura, como una forma de acercarse a la realidad que nos rodea desde una perspectiva diferente.

Sirvan estas palabras, además, para destacar la labor del área de Igualdad del Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife, así como a quienes han formado parte del jurado que, a buen seguro, ha debido dedicar mucho esfuerzo para determinar qué obras merecían este reconocimiento, debido a la calidad de los originales presentados: Purificación Dávila Carreira, concejala del área, Yurena González Herrera, Elena Villamandos González, Daniel Moléon Monzón y Daniel Bernal Suárez y a Ana Belén Crespo Rivera, funcionaria adscrita al área de Igualdad y que fue secretaria de dicho jurado.

Desde las administraciones públicas, como forma de promover la igualdad en todos aquellos ámbitos de la vida social y cultural, de manera transversal, debemos potenciar la producción artística hecha por mujeres, que representan a más de la mitad de la población de este Archipiélago. Y debemos hacerlo no sólo con el objetivo de que se conozca entre la ciudadanía, sino también para generar un estímulo a que otras mujeres decidan expresar su creatividad a través del arte.

Generar igualdad de oportunidades de expresión, de crecimiento personal y de creatividad debe ser un objetivo irrenunciable para quienes trabajamos para hacer de Santa Cruz de Tenerife una ciudad más justa y solidaria.

José Manuel Bermúdez Esparza

Alcalde de Santa Cruz de Tenerife

Prólogo

Escribir.

Escribir gracias a la absoluta soledad y el más completo silencio. La determinación de quienes lo hacen, más allá de la adversidad y las normas establecidas, se revela en los renglones torcidos, extraños para el canon. El rito exigido por el estado mental que es la creación artística, no está exento de esfuerzo, compromiso y de cierta fe en las musas, que rara vez trabajan a través de manos ociosas. Las de las mujeres que se han dedicado a la cultura, desde luego, no lo han sido, fuere cual fuera el reconocimiento que recibieron.

Esta urdimbre entre las palabras que bullen en la mente y que el silencio demanda, urge, además de compromiso con el propio oficio de la escritura, de políticas de igualdad que destaquen sobre el fragmentado territorio de nuestra sociedad. Este certamen, sin duda, es uno de los baluartes de dicha política.

Nuestra materia se compone de tiempo, tenemos fecha de caducidad y por ello son tan importantes los valores que legamos, las obras que nos suman en torno a un mismo conocimiento y los mecanismos que miden la justicia de nuestras acciones. Las diversas realidades que vivimos las mujeres en sociedad, sea cual fuere el país y la época, nunca han sido fáciles. No hablo solo de cómo nos concibe gran parte del mundo que nos rodea y el importante peso que tiene esa imagen prediseñada en la creación de nuestras identi-

dades, o de que siempre duela ese espacio vacío, lo que se nos ha arrebatado. Hablo de conceptos que hay que llenar de significado, de esas fisuras mediante las cuales hemos sido y somos invisibilizadas, de que conciliar parece ser un verbo que solo se conjuga en femenino. Es necesario cambiar y, por suerte, estamos en ello desde muchos frentes.

Hay voces que siempre claman (y lo seguirán haciendo) allí donde surgen espacios de visibilización y difusión de cualquier actividad que desempeñamos las mujeres al margen de los roles que en otro tiempo parecieron ser inamovibles. Hay quien teme al débil precisamente porque sabe que esa es solo una etiqueta de control, un argumento poco válido pero eficaz cuando se arma de tradición y de complicidad.

Es un hecho que esta sociedad parece tropezar con las mismas piedras y no avanza, pero no es menos cierto que los esfuerzos por hacerla justa, son imparables. Más allá de aquello para lo que parece innegable que estamos programadas, permanecemos como creadoras de cultura, de valores y pensamiento crítico.

El Certamen de Relatos Breves Mujeres, ya en su XVI edición, convoca a mujeres de nacionalidad española, residentes o no en España, y extranjeras con residencia en territorio español, con el único interés de fomentar la igualdad de oportunidades, de buscar en su narrativa las claves entre la experiencia, el empoderamiento y la superación. Como jurado, ha sido un honor para mí, poder vislumbrar decenas de historias, muchas de ellas dibujando los rostros de la desidia, de la sociedad que mira hacia otro lado, de la tradición que divide, de las vidas perdidas entre el suspiro del conformismo y la tristeza de una promesa de maña-

na que no llegará. Sin embargo, otros tantos, representan lucha, ilusión, empoderamiento, resiliencia, sororidad, fortaleza, determinación, además de un largo etcétera, que se opone a la desigualdad con el convencimiento de que será, algún día, una pieza de estudio y no un arma social.

La valentía de las autoras que han participado en esta convocatoria no solo radica en la labor creativa, cuya calidad ha dificultado enormemente la decisión sobre los textos seleccionados; radica, además, en la capacidad de traer a la luz historias, situaciones, vivencias, injusticias y experiencias desde la tristeza de la opresión, de la resignación a la mínima existencia, a ver el mundo del privilegio desde un cristal opaco.

Sirvan los textos que han resultado seleccionados, como una muestra del empuje del feminismo, como propuesta de justicia, como la antítesis de la violencia, la de la igualdad.

Yurena González Herrera

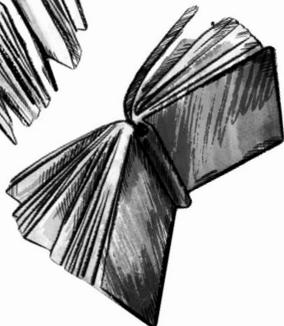
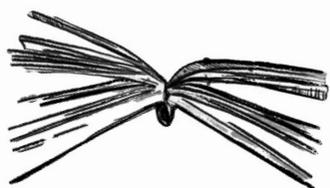
Escritora y Gestora Cultural



PRIMER
PREMIO

El árbol de las mujeres

María Salomé Chulvi Lleó



MARÍA SALOMÉ

CHULVI LLEÓ

Escritora alquímica. Aplica la creatividad a la vida para transmutar las limitaciones mentales y emocionales. Para esta autora, "Vivir es reescribirse". Ha publicado el poemario *Metaforario I*, el álbum de crecimiento personal *Ecos de Mariposa*, la novela *Mujer Faquir*, Ed. Talentura, el poemario *Luz Caballero* Ed. Lastura, y el libro de tautogramas *Abecedario Imposible*. Ed. Olé libros. Ha participado en distintas antologías como *Historias de Publicidad Antigua de Valencia*. Ed. Vinatea, *Encuentros* Ed. Olé libros, *El Carnaval de los cien Años*. Ed. Edeta o la Antología Trilingüe *El Camino de las Estrellas*. Ed. Lastura. Es miembro de CLAVE, (Asociación Valenciana de Escritores y Críticos Literarios) Torrent de Paraules, Concilyarte y Plataforma Arco de Escritoras del Mediterráneo. En 2019 consigue el maratón de escritura (50.000 palabras en un mes) del Nanowrimo National November Writing Month y recibe el premio internacional Clave De Cultura 2020 del Espacio Mosaico Literario de Uruguay. Delegada en Valencia de AMNLI (Academia Norteamericana de Literatura Moderna Internacional) y Embajadora cultural en España de Mosaico Literario-Reencuentro con la copla española, de Montevideo, Uruguay. Crítico literario y poeta en las revistas *Todoliteratura*, *Crátera* y *Universo Literario*. Comparte videopoemas y videorelatos en redes sociales con el perfil perfil@salomechulvi.

El árbol de las mujeres

(PRIMER PREMIO)

La niña habló:

No debería decirlo a nadie, ni siquiera a ustedes, pero mi sangre no es como las otras. Lo supe aquella vez cuando me bañaba en el río, una rama baja me mordió la rodilla y el líquido salió, revuelto en el agua, casi diluido, incoloro, ligero como el aire que me besó la herida al salir. Transparente.

Es así porque hice algo que no debía, pero es que la oí gritar, a mi hermana mayor, sin casi pensarlo abrí la cortina de su choza para descubrir lo que los esposos hacen sobre sus mujeres cuando llega lo oscuro. Los ojos del sol siguen viendo mientras parece dormido. Estoy segura de que me vio, y su castigo fue robarme el color de las venas. Por eso sé que voy a morir. No lo he dicho a nadie hasta hoy. No debo.

Ocurrirá pronto. Mi madre se entristecerá. No lo dirá. Pero yo sé cuándo está triste, por la canoa que se forma en las mejillas, justo debajo de los ojos. Una canoa vieja, grietas en la madera por la continua humedad, o por los viajes interminables que hacen los ojos de las madres, de sus hijos a la esperanza, y de nuevo a ellos, yendo y viniendo, una vez y otra. Algunas veces se marcha, la canoa, y mi madre está tranquila. Sonríe.

Cuando me muera, la canoa llegará a ese hueco, a la sombra de sus párpados, y se quedará siempre allí.

No sólo es transparente, además casi no pesa, mi sangre no pesa. Puedo notarlo al andar, y cuando subo a los árboles de la aldea, de camino al pozo. Bebo agua y es como si be-

biese mi sangre, imagino que saben parecido. Me pregunto si el sol habrá castigado así a otras niñas. No quise mirar, mis ojos lo hicieron, pero yo, quisiera que mi sangre no fuese tan liviana.

Lo mismo que mi hermana, encontraré marido, y habré de ser purificada, aunque me asuste el dolor, y me horrorice la herida.

Últimamente sólo pienso en la navaja y en los brazos de las sabias amarrando fuerte los míos. A mi hermana la cortaron, y ahora es una esposa respetable, claro que ella no había ofendido al sol dormido de lo oscuro.

Jugábamos juntas, cerca de la orilla. El agua del río no es para beber. *Descuida, no bebo.* En los hombros brujuleaba su melena de serpiente, chorreaba, y pronto volvía a hundir la cabeza y buscarme en el fondo, pellizcándome las piernas como los peces entre las piedras. Todos dicen que es el orgullo de la casta. Mi hermana es tan guapa... pero jamás tan hermosa como cuando ofreció a su esposo el agua de bienvenida. Sonreía sin que la vieses, detrás de los ojos y de los labios. Ojalá yo fuese tan valiente como ella. Pero no lo soy. Creo que lo saben. Aun así me buscarán esposo para el cuál habrán de purificar mi cuerpo.

El día que vengan a buscarme pensaré en mi casta. Pero mis ojos, que miraron, pensarán de nuevo en la herida y llorarán. Pensaré en la canoa de los ojos de mi madre, y suplicaré el perdón del sol dormido, que sigue viendo en lo oscuro.

Y suplicarán mis ojos y mi sangre entre las piernas, pero como es transparente, no creo que nadie la pueda ver.

La purificadora habló:

Debemos recordar que nuestra labor, como sucede con las altas sacerdotisas de los clanes, responde a un honor sagrado, que recibimos del propio aliento divino susurrado en los vientos del desierto y las brisas que arrullan el alba.

Nosotras hemos sido escogidas para lo que otros llaman mutilar, y que no es para mi pueblo ninguna deshonra, sino más pronto un motivo de orgullo y satisfacción plena. Nuestra seña de identidad, algo que los defensores de los intereses universales deberían salvaguardar de intromisiones y prepotencias. Nuestra tradición es costumbre y la costumbre es Ley.

¿Cómo lo realizamos? El ritual es sencillo, pero conlleva la simbología de nuestra tribu y su memoria ancestral. Primero, agradecemos al sol la bendición de un nuevo día y vamos en su búsqueda. El brillo en sus iris delata la inmensa emoción que le invade, especialmente si la niña es valiente, y desea ser investida de luz, verdaderamente digna. Las menos, lloran y patalean como cabras que van a ser degolladas, y no ceden a las sacudidas del cabrero como si supiesen el final que las aguarda. Temen el dolor, pero el sufrimiento es el fuego que todo lo transfigura. El fuego nos bendice, como hijo del sol.

El sacrificio es ínfimo, y es un trance por el que otras pasaron antes. Debemos sobreponernos a las súplicas de clemencia y cumplir nuestro acometido, después lo agradecerán. Las purificadoras más fuertes cargan a la niña a la espalda, o la arrastran de los brazos y las piernas según puedan. A pesar de las resistencias llegamos al sitio sagrado, el árbol de las mujeres. Lo llamamos así porque es un espacio prohibido a los hombres, y es el lugar donde nuestras niñas son iniciadas a la esfera adulta. Todas y cada una se convierten en mujeres de pleno derecho. A partir de

ese día, podrán casarse y pertenecer a una nueva familia junto a su esposo y sus otras mujeres, las hermanas de vida. Una hermana de vida comparte contigo la crianza de tus hijos, como si ella misma los hubiese engendrado y luego parido. Ella los amará y sabrá guardarlos como tú misma lo harías, ofreciendo su cuerpo al marido si te encuentras indispuesta o atraviesas los días del mal.

Por eso es tan importante ser purificada. El sacrificio en mi pueblo es un servicio a todos sus miembros. La mujer sirve al hombre, la madre a sus hijos, la niña a su pueblo, y lo mismo que el niño en la caza y defensa del clan, las niñas cobran este acto todo su poder y valía.

Una mujer pura posee la voz que todos escucharán. Aquellas que permanecen impuras conocen ese poder, por ello arremeten contra nosotras y traban nuestro camino. Esconden a sus hijas pequeñas desafiando la Ley. Sin embargo, la sabiduría del cielo es alta, y encontramos la ocasión, un descuido, para entrar en su casa y salvar a esas niñas de un destino indigno. Las hijas del pueblo no les pertenecen. Las llevamos al árbol de las mujeres y el sol enciende su voluntad.

¿Ablación? El corte no es tan terrible. Una vez las manos y los pies han sido convenientemente inmovilizados y la boca cubierta con trapos o ramas, que ni siquiera así logramos silenciarlas, los dedos hábiles extirpan una zona de piel y músculo, pequeña como un botón. A veces la herida sangra abundantemente, pero la sangre impura es mejor que se vaya. Si la niña es testaruda y berrea, y no la controlamos a tiempo, es posible que muera, ella lo ha buscado, lo natural sería que accediese de buena gana por su propio bienestar y su futuro. Aunque ya se sabe, las niñas pequeñas son animales salvajes, no atienden a razonamientos.

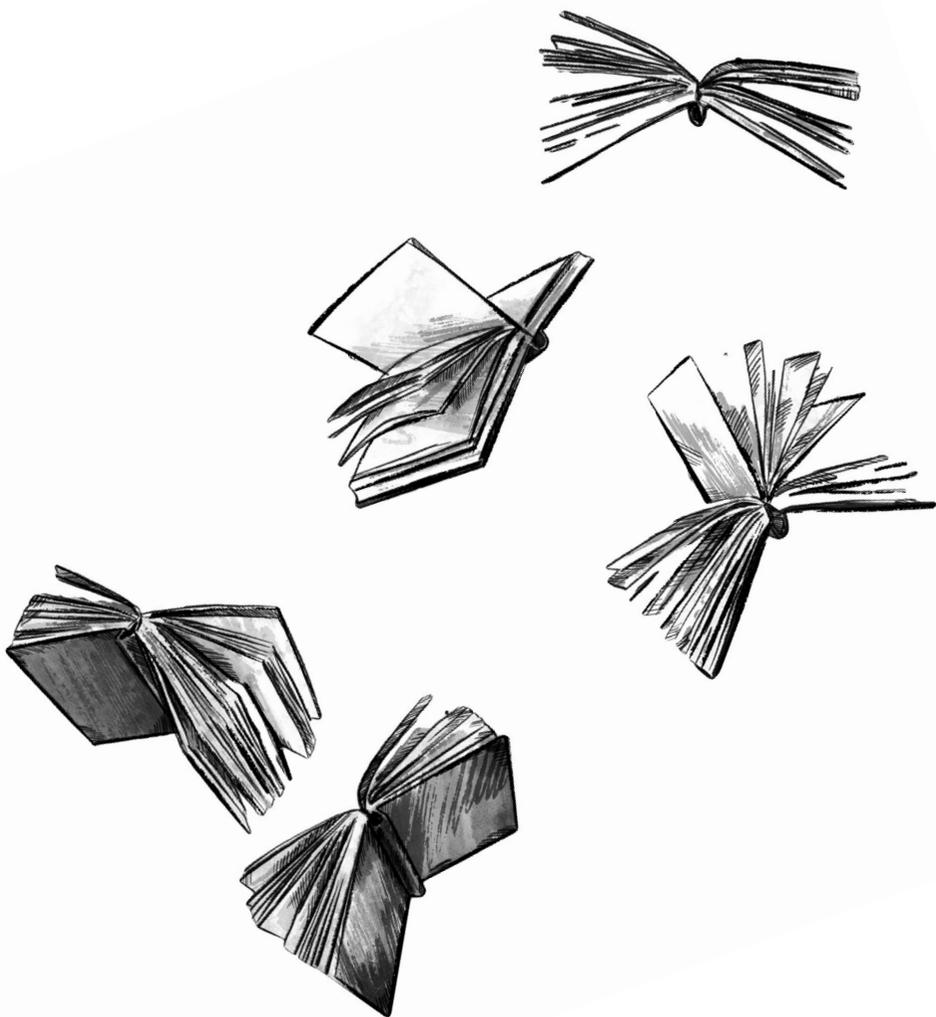
Usamos hojas afiladas, ¿puñal? no, claro, apenas una navaja. Esta que yo uso la heredé de mi madre, y ésta a su vez, la heredó de mi abuela, todas ellas purificadoras, mujeres sabias y consejeras. De verlas aprendí la técnica. Tres movimientos y el pellejo salta de la carne como un espíritu endemoniado. Las piernas se agitan, la niña entera convulsa, tensa e inamovible como una fiera amarrada. Es el momento en que la mano no ha de temblar, y el pulso firme arranca el mal incipiente de la vulva madura. Esa niña jamás sentirá placer al servir a su marido. Puede dar gracias si no se desgarran por dentro cuando él la penetra. El gusto no es para las mujeres. Esa agitación es para ellos, que habrán de usarla cuando vayan a cazar o luchen contra enemigos cruentos. A nosotras nos pertenece la calma. Con calma la familia vive en paz y todo se perpetúa sin conflicto. No hay cabida para los celos entre hermanas de vida porque hemos eliminado el placer impuro. Así, servir al esposo se convierte en un acto de entrega y generosidad hacia él y hacia las otras esposas. Nuestra jerarquía la establece la edad, de modo que la mujer joven obedece a la mayor, y todas al hombre. Asimismo, el hijo obedece al padre. ¿No es esta armonía la que ustedes envidian? Envidian nuestra paz y sobre todo detestan nuestra alegría. Pues, es mejor que lo sepan ¡Nosotras cantamos cuando cortamos a las niñas!

La purificadora terminó de hablar. Los murmullos en la sala fueron cediendo y poco a poco volvió el silencio. Después habló el juez.

ACCÉSIT MEJOR AUTORA LOCAL

La madre de María

María Maite García Díaz



MARÍA MAITE GARCÍA DÍAZ

Maite es licenciada en Filología Clásica, especializada en lexicografía griega, con varios artículos de investigación publicados y un libro en coautoría, de próxima aparición y editado por el Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, *Textos griegos para la igualdad. Quinto de Esmirna. Recursos didácticos para el aula*, con el que se pretende fomentar el debate y la formación sobre cuestiones universales de género e igualdad a partir de los textos griegos. Es titulada, además, en Prestación de Servicios Bibliotecarios. Ha sido administrativa en una academia y en un gabinete de peritos. Actualmente pertenece al Personal de Administración y Servicios de la Universidad de La Laguna y trabaja en su tesis doctoral.

Escritora habitual de fanficción, microrrelatos, cuentos y relatos breves, varios de ellos han sido publicados en obras colectivas, antologías y revistas internacionales especializadas. En dos ocasiones ha sido finalista del *Premio Internacional Julio Cortázar de Relato Breve de la Universidad de La Laguna*, en 2017 con "Cordepetra", y en 2019 con "El señor Anselmo". Su primera novela, *Señora Collins. Una variación de Orgullo y Prejuicio*, fue publicada en 2021, editada por Azur.

La madre de María

(ACCÉSIT MEJOR AUTORA LOCAL)

La imagen que le devuelve el espejo no es la suya, aunque tampoco es la de una extraña. María se mira, se observa, y ve el mismo mechón de blanco en el flequillo, los mismos ojos apagados, con arruguitas de desencanto, la idéntica curva de la mandíbula y el familiar rictus amargo en los labios... María se estira el rostro por las mejillas, deformando sus facciones, en un vano intento por deshacer esa semejanza, por más que sepa que es del todo inútil. Solo el castaño melado de sus ojos es diferente, aunque en rigor es de su abuela... Esos rasgos que no le pertenecen le recuerdan a María que los hijos están destinados a ser copias imperfectas de aquellos otros que les han precedido, y que cuantos más años pasan, más ve en el espejo a su madre cuando se mira.

La madre de María era la mayor de seis hermanos, nacidos en el lapso de quince años. De niña, jugaba a saltar las tarjeas de las plataneras que rodeaban la casita de dos habitaciones en la que vivían y allí también se bañaban los días de riego, sentados en fila en el estrecho cauce, aprovechando el agua. No tenían agua corriente, claro está, y a ella y a su hermana, siendo chicas, les correspondía la onerosa tarea de llegarse con los cántaros a la fuente en el centro del pueblo, subiendo la cuesta empedrada, llenarlos con paciencia en los caños de finos hilos desesperantes, y bajar con ellos al hombro. Tampoco tenían más luz que la de velas y candiles al caer la noche, cuyo uso se limitaba a un ratito después de la cena mientras escuchaban el noticiero en la radio a pilas de petaca, y poco más.

María, en cambio, creció en una casa con todas las comodidades de la vida moderna sin privaciones: luz eléctrica, agua corriente, lavadora y hasta televisión... María aún recuerda el día —era sábado y llevaba coletas, de eso está segura— en que esa tele se sustituyó por otra y fue entonces Torrebruno el primero en llenar la pantalla con vibrantes colores al son de su canción. La niña solía sentarse frente a la carta de ajuste —con el volumen quitado para evitar el doloroso pitido—, mirando el pequeño reloj negro de la esquina, fascinada por ese misterio que alejaba durante horas a las pequeñas personitas que vivían dentro del televisor.

Siendo la mayor, la madre de María tuvo que dejar el colegio y pasó sin transición alguna de la infancia a la vida adulta en cuanto consiguió su primer empleo. Minifaldas y sandalias de colores, y malaquita y kohl en los ojos sustituyeron aquellos juegos de niña en las tarjeas. Y antes de darse cuenta, tenía ya un pretendiente con el que pasear por la plaza.

La madre de María hizo lo que hacían todas las jóvenes del pueblo: dejar de trabajar al casarse y atender “sus labores” mientras el marido proveía por la familia. Y cuando a los pocos meses de la boda a él le concedieron un puesto en otra isla, la madre de María hubo de dejarlo todo atrás, familia, raíces y sueños incluidos. Porque eso —la renuncia absoluta y la obediencia— era lo que se esperaba de las casadas como ella.

Al papel de esposa le siguió enseguida el de madre, y antes de darse cuenta, tenía veinticinco años, tres hijos y las ilusiones rotas.

* * *

Era la madre perfecta, la esposa perfecta. Hacía lo que le enseñaron a hacer —y a ser— y ponía en ello su empeño porque era lo único que conocía.

Pero era solamente eso.

Siempre fue la hija mayor, la hermana mayor, la novia de, la mujer de, la madre de... No sabía cómo ser ella misma. Ni sabía siquiera lo que significaba ser ella misma, porque nunca tuvo opción...

Pero un día, la madre de María se descubrió acompañando a una vecina —una anciana amable que cuidaba de sus hijos cuando tenía que bajar al centro de la ciudad—, a un garaje cerca de la iglesia. Allí jugaban al bingo las señoras de la parroquia, y pasaban las tardes después de la novela sentadas en sillas viejas, bajo las luces parpadeantes de las bombillas cagadas por mil moscas, con cartones viejos reciclados sacados de algún juego de mesa infantil.

Con la primera línea, la madre de María se sintió exultante, viva... Como si su cuerpo estuviera lleno de burbujitas de champán que solo quisieran volar y volar lejos.

Con el primer bingo, ya no pudo parar.

Y cuando el dinero del mes se le fue en cartones y partidas, su amable vecina se ofreció a prestárselo de buena fe.

¿Un préstamo? Ni siquiera tuvo que pensarlo.

Vendió su alma al diablo y nunca miró atrás.

La madre de María se fue hundiendo cada tarde un poquito más, y más, y más... Hasta que acabó endeudada con medio barrio. Gente tocando a la puerta, 'mañana te pago' que nunca llegaban, broncas de dormitorio mien-

tras los hijos fingían que no los escuchaban. Mañanas de Reyes entre llantos porque le habían ‘robado’ los regalos, la nevera vacía porque el dinero de la compra se había ‘perdido’, lavadoras sin poner, cucarachas muertas bajo los muebles porque ya no paraba por su casa... Hijos que crecían sin ella y un marido que se escondía en el fondo de un vaso...

Nada le ganaba a la efímera sensación de cantar un bingo. Nada podía superarlo.

E incluso si no le gustaba quién era, al menos esta vez era ella. Desatada, inconsciente, egoísta y enferma, absolutamente perdida por decisión propia... Ella de verdad. Real y libre entre sus cadenas...

* * *

Es otra mañana gris, y María se mira al espejo. Apoya las manos con fuerza en el lavabo y tiene los ojos llenos de espanto. Hoy ha discutido con su pareja y se ha descubierto utilizando las mismas palabras que le oyera alguna vez a su madre.

El suelo firme sobre el que creía caminar como adulta tiembla bajo sus pies porque la mujer que ve en el espejo no es más que un reflejo de su madre. Los mismos latigazos, las mismas réplicas afiladas y el mismo sarcasmo destinado a herir... Pero no, se dice ella, es imposible. Un eco, si acaso... María siempre ha sabido qué quería en su vida, qué pasos habría de dar para conseguir sus sueños, cómo luchar y mantenerse en pie y, especialmente, qué es lo que no debía hacer nunca para no acabar siendo como su madre...

La madre de María siempre había sido el modelo de lo que no quería en una relación ni en su vida, y no porque no la

amara, sino porque a María le daba miedo parecerse a ella más allá de lo físico, y que la semejanza se extendiera a aquello que no puede aprehenderse ni tocarse, pero que existe.

Pero es inevitable, piensa... Conductas aprendidas, palabras grabadas a gritos desde la otra habitación, patrones inculcados desde la infancia, en algún momento habían de surgir y romper la fina capa de voluntad que las había mantenido ocultas por décadas para volver entonces a la existencia, renovadas, más fuertes. Vivas...

María se negó a casarse, porque no quería que un papel la etiquetara, ni que la pusiera en la misma jaula de cristal y soledad en que vivían las mujeres de su familia. María quiso romper el ciclo de una vez por todas, y nunca dejó su trabajo cuando se fue a vivir con su novio. Dos escándalos por el precio de uno... Tuvo que soportar las críticas de su familia, los desprecios de tías y abuelas y los llantos desgarrados de su madre, mientras que la familia de él se decantó por un lenguaje más vistoso y obscenamente florido hacia su persona.

María aguantó, apretó los dientes y cerró los puños, mordiéndose la lengua una y otra vez. En ocasiones su determinación vacilaba ante los ataques y se preguntaba si acaso 'lo suyo' sería pura obstinación sin fundamento. Pero entonces no tenía más que mirarse al espejo para recordar por qué hacía lo que hacía y por qué sus decisiones eran las que eran.

Pasó el tiempo y María se supo 'perdonada' y aceptada cuando el sempiterno tema de conversación cambió y empezaron a hablar de hijos y de lo que tardaban en llegar... Ella suspiraba y los dejaba hablar, cansada, sin molestarse

ya en explicarles que, si acaso no llegaran, no necesitaba hijos para ser una mujer completa, para ser ella misma. ¿A qué tomarse la molestia de corregirlos? Las pocas y primeras veces que había intentado hacerlo, le sonreían con tristeza y se la quedaban mirando con lástima. «Pobrecita», parecían decirle...

María se dejó las pestañas, la salud y la mitad de sus neuronas para sacar una carrera universitaria y aprobar unas oposiciones que desterraran para siempre el miedo de depender de su pareja para todo, rechazando convenciones y ataduras que restringiesen su independencia o que coartaran sus alas. María y su compañero tenían la convicción de que una relación de pareja era cosa de dos, con las mismas cargas y responsabilidades para ambos, en la casa y en la vida. Suegra, madre y tías se santiguaban con los ojos abiertos como platos cada vez que los oían hablar de tareas compartidas, escandalizadas, porque el lugar de hombres y mujeres no debía ser el mismo, reacias a aceptar los 'subversivos' cambios de los nuevos tiempos.

Pero hoy la historia de su madre la alcanza, arrollándola, tomándola por sorpresa, volviéndola del revés. El peso de los recuerdos y de las palabras repetidas, manando a borbotones por la herida abierta, le dobla la espalda. La cabeza le cuelga sobre el pecho, y sus manos tiemblan sobre el lavabo. No, no podía ser como su madre. No podía convertirse en su madre...

María se resiste, se resiste por costumbre, por inercia, se resiste porque lleva una vida entera peleando por ser ella y no otra... Así que inspira hondo y espanta a manotazos las viejas telarañas de aquella vida que no eligió. Luego, con mucho cuidado, cierra los ojos y los dedos le tiemblan mientras las recoge, desperdigadas, esquivas, quebradizas,

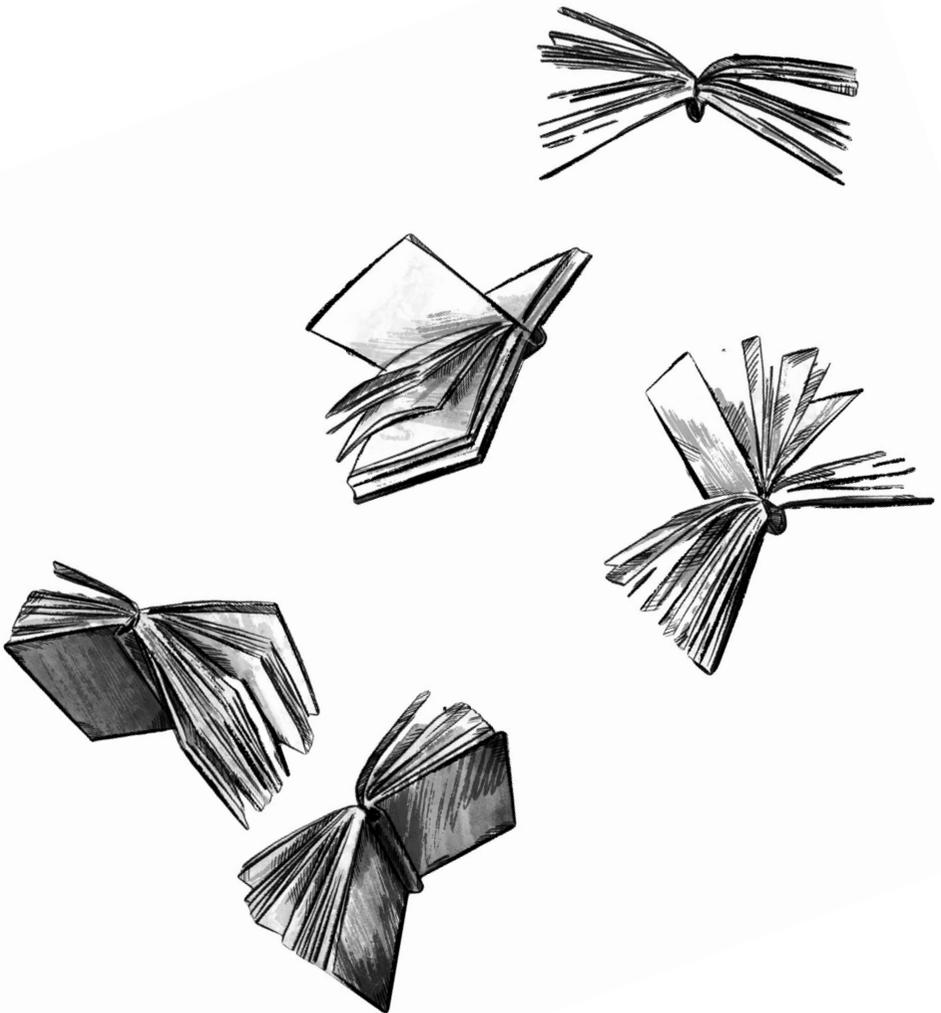
para volver a encerrarlas bajo la capa de voluntad en la que estaban antes. Quedarán grietas, María lo sabe, y habrá de vigilarlas toda la vida, y aceptarlas, o esconderlas, o prenderles fuego..., pero también sabe que, imperfecta o no, María definitivamente no es una copia. María es ella, toda ella, la mujer que se ha esforzado por construir, aunque ecos y sombras se cuele a traición de tanto en tanto.

Frente al espejo, María quisiera borrar esos pedazos de otros que la componen, por más que tenga la certeza de que tal cosa es imposible.

PRIMER ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

Heridas

Surayma María Amoedo Rodríguez



SURAYMA MARÍA AMOEDO RODRÍGUEZ

Nació en Vigo en 1981. Ciudad de dólmenes, mámoas y castros, de verde y arena, algún rasgo tenía que imbuir en su carácter. Así es que se formó como Auxiliar administrativo, tras la estela de su madre, ejerciendo en un centro de ayuda a drogodependientes y en dos hospitales, aunque su inquietud y los derroteros de la vida la llevaron a tener empleos y realizar cursos de lo más variados.

Su pasión por los libros y la actuación no dejaron de crecer desde que tiene memoria, y llegó a cumplir la promesa de subirse a los escenarios representando varias obras *amateurs*, de forma completamente gratuita y con gran satisfacción personal.

No fue hasta el año pasado que se decidió a dejar de escribir para sí misma y compartirlo con los demás.

Heridas

(PRIMER ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN)

En la visita de hoy la paciente se muestra indistintamente taciturna. Los progresos estas semanas a la terapia conductual han sido deficientes. Poca respuesta a la terapia grupal. Interesa valorar retirada de alimentación nasogástrica si muestra cambios positivos a los tratamientos pautados.

—Buenos días, Marta, ¿cómo te sientes hoy?

Se encoge de hombros. Había estado observándolo todo en derredor con esos ojos enormes enmarcados por unas ojeras rojizas, como si siempre estuvieran llorando o como si ya no le quedarán lágrimas a ese cuerpo enjuto y ya solo se hundieran y cristalizaran. Ahora escondía la cabeza despeinada en el cuello de la bata, azul, tan holgada que parecía que se había envuelto en una manta.

—¿Sabes por qué estás aquí? —Levantó la mano antes de que pudiera responder, suavizando la voz. En sus más de diez años trabajando en conducta alimentaria y de veinte como psiquiatra, sabía de la fuerza de emplear las palabras adecuadas—Perdona, no lo he expresado como debería: ¿Tienes alguna duda sobre las terapias? ¿Necesitas que te explique alguna cosa de lo que vamos a hacer aquí?

Asintió.

Tal y como sucedió cuando llegó, le detalló los pasos del programa: la acogida, el ingreso, el cuadro de personal que le atendería, la tabla de horarios, el esquema de alimentación, la planificación de las terapias, etc.

Las citas con psiquiatría figuraban dentro del seguimiento, más continuas al principio.

—El hecho de que hayas venido de forma voluntaria es un gran paso. Significa que tú misma has querido ayudarte, es una decisión valiente.

Negó. Retorció las mangas de la bata con aquellos deditos; parecían las bocas del Monstruo de las galletas comiendo palitos de pretzel a medio cocer.

—No creo que sea valiente —dijo, y siguió meneando la cabeza.

—Está bien. Romper con un ciclo de miedo, dejar atrás una etapa de vida, enfrentarse a las consecuencias de una decisión, no siempre es fácil ni siempre conocemos las herramientas de las que disponemos.

“Pero yo no estoy aquí para hacer ese tipo de valoraciones; no soy una jueza o una parroquiana. Cada una de las personas que te tratan aquí están para impulsarte, eres tú quien decide hasta dónde quiere llegar. Podemos ser estrictos con horarios, puertas cerradas, sondas, fármacos y asistencias, pero no podemos manipular tu voluntad de vivir.

Cerró los ojos, aquellos ojos tan tristes, y una lágrima corrió por el pómulo y se encharcó en el fino tubo que salía de su orificio izquierdo y se ocultaba bajo la maraña de pelo.

—No te voy a obligar. Nos ayudará mucho conocer tu vida, tus circunstancias, para entender qué te condujo aquí. Habla cuando estés preparada.

Durmió mal. Fatal. Demasiados recuerdos. Como si aquella charla hubiera abierto la puerta al inframundo. Todo el día distraída con los ejercicios en el patio; le gustaba el patio,

tenía un bonito jardín, con flores, topiarias y árboles perennes, y bancos e instalaciones deportivas; con el dibujo libre, vigiladas por los celadores; y la comida y la cena, que detestaba porque el tubo era incómodo; le raspaba y lo sentía cuando escapaba al baño a tragar agua. Pero ahora no podía frenar el chorreo de pensamientos y la ansiedad creciente.

Dio vueltas en la habitación, al menos eso quemaría calorías. Se sentó en el alféizar y se mordió las uñas, preguntándose para qué se había molestado en ir. Fuera tenía una vida. Unas cuantas amigas, un trabajo que se había ganado, sus libros. Valiente, dijo. No tenía ni idea. Toda su vida había sido una cobarde.

Quizá tenía razón. Si colaboraba, podía salir antes de allí. O firmar el alta tan voluntariamente como había venido. Pero también era cobarde para eso. Se hizo un ovillo. Fuera también había demasiados fantasmas.

Detestaba la orientación grupal. Era como se veía en las películas, sentadas en un círculo dirigidas por un psicólogo que empezaba hablando sobre un tema para que entrasen en confianza y se abrieran a contar sus propias experiencias. Airear los trapos sucios ante completos desconocidos no iba con ella. Sabía que en algún momento la obligarían a intervenir, por mucho que dijera la doctora Pazó, pero ya idearía algún plan para irse por peteneras.

El momento que todas odiaban en común, muy por encima de verse con el endocrino, muy por encima de charlar con el nutricionista, muy por encima de las horas de comida, por ese orden, era pesarse. Se trataba del instrumento de tortura del centro y, sus cifras, su agonía. Y no dejaban de aumentar. Los profesionales se mostraban satisfechos a su alrededor,

pero, en su pequeño mundo, algo se rompía. Tanto esfuerzo viendo el vómito llevarse por el mismo sumidero su alegría, recuperada después con cada kilo perdido, no había servido de nada.

Está bien, se decía, me haré la cuerda. Cuando me quiten la sonda podré meter los dedos.

Pero se conocían todos los trucos, le contaron las más veteranas. Saben lo que deberías ganar con lo que te dan de comer. Revisan las servilletas y los bancos por si escupes o escondes algo, y te acompañan al baño para asegurarse de que solo vas a hacer lo que se supone que debes hacer. Si te pillan liándola, vuelve la sonda y a empezar todo otra vez.

—Si me canso, puedo irme.

—Qué suerte, a mí me encerraron mis padres.

—¿Suerte? La suerte es que consigas salir de esta mierda tú sola si te vas. Aquí hubo internas que salieron por la puerta de atrás en posición horizontal.

—Qué malrollera eres.

—¿Qué? Es la verdad.

—La dirección debería recomendarles a sus médicos que disimulen más su alegría cuando descubren que los pacientes han mejorado el peso, no nos gusta. No creo que haga falta que explique por qué.

Escrutaba a través de la ventana. Fuera hacía una mañana de principios de primavera, perezosa, fría pero luminosa. Se la veía mejor en el uniforme, un pijama de dos piezas verde claro para no hacer diferenciación sexual, con sus calcetines a juego y unos zuecos cerrados y cómodos. Después de

ocho meses ya no necesitaba la alimentación artificial, su color había mejorado, se había atado el pelo en una cola de caballo alta y, aunque lejos de un índice aceptable, estaba ganando masa muscular.

—Ten por seguro que pasaré tu recomendación —la invitó a sentarse.

Como otras veces, comenzó por el cuestionario de rigor.

—Uno de mis primeros recuerdos, de los más tempranos, es de cuando apenas sabía caminar —se miraba las manos—. ¿Puede alguien volver atrás en la memoria tantos años? Sí, puede. Cuando la experiencia es lo suficientemente relevante, puede, ¿sabe?

Dejó de escribir.

La veía sin verla.

El coche era rojo. La tapicería oscura. Se detuvieron en un lugar polvoriento, con dunas. El sol brillaba fuera. Pero a ella no la dejó salir, solo a sus hijas, rubias, bellas, risueñas.

—Allá hay un río con peces, id a buscarlo.

La recostó en el asiento trasero. Su cuerpecito desapareció bajo su peso. Los dedos presurosos subiéndole el vestido, rodeando el elástico de los leotardos calados.

Jadeos.

—¡Papá, aquí no hay agua! —La cara contraída porque el sol le daba de frente.

—Tenéis que ir más allá, más lejos.

No había inflexión en su voz. No le importaba lo más mínimo.

Pero las niñas no obedecieron; quizá hacía demasiado calor.

Al separarse, sus padres se alejaron del pueblo. En aquellos tiempos eran situaciones intolerables en una comunidad respetable y la fama que le habían dado a su madre, fumadora y con un primer embarazo a los quince años, la precedía. Se instaló en la capital durante varios años, donde había conseguido un buen trabajo en una oficina y tenía una amiga que la ayudaba a cuidar de la niña, y poco a poco reunió dinero suficiente para comprar un modesto piso de protección oficial cerca del colegio.

Pero el pasado a veces es un grandísimo bastardo que considera que tiene cuentas pendientes que resolver.

Se presentó parte de la familia paterna, unas personas a las que ya no guardaba en la memoria, amenazando con denunciarla a los servicios sociales y quitársela si no accedía a una especie de custodia compartida. Su madre no comprendía el objeto de la trifulca; su exmarido había fallecido hacía unos años y entendía que no tenían razón para reclamar, pero, desconociendo sus derechos y temiendo la acción de la justicia, decidió ceder.

—Muchas cosas cambiaron entonces. Ahora que conozco parte de su vida, creo que, para ella, eso fue su propia caja de Pandora. Le cambió el carácter. Pasó de ser divertida a enfocar en mí toda su frustración. Fui el objeto de su odio. Era la moneda de cambio entre una parte de la familia y la otra —levantó un hombro, dando a entender que era lógico su planteamiento—. Le recordaba, supongo, esa etapa de vida. Era el nexo. La ligaba inevitablemente con ella.

—¿Y tú? ¿Cómo conectaste tú con esa vida?

—Hubo cosas muy buenas, ¿sabe? Tenía los amigos del barrio, los adultos se iban a sus quehaceres y teníamos mucha libertad; inventábamos “pócimas” mezclando cuanto mejunje encontrábamos, dábamos de comer a las gallinas, jugábamos al escondite, íbamos a por castañas, teníamos locos a los vecinos porque les pisábamos los sembrados... —se rió feliz.

—¿Qué cambió?

Un sutil mohín conteniendo las lágrimas.

—No lo sé —volvió a agachar la cabeza, como una niña queriendo replegarse en sí misma, en su burbuja protectora—. De pronto volvía a estar en la casa de ese hombre, de él sí me acordaba, y me restregaba en su regazo. Era un familiar, un padre de familia bien considerado. Yo era una cría, pero algo en mis adentros sabía que aquello estaba mal, terriblemente mal, y no sabía cómo huir de aquellas manos que se me clavaban en los brazos. Buscaba cualquier excusa para quedarse a solas conmigo en la casa, y yo hacía todo lo posible por estar con más gente.

De pronto, señoras que no había visto en su vida le decían que se quedaría en aquel pueblo para cuidar de las fincas y de sus abuelos cuando fueran mayores, como su abuela había cuidado de los suyos, en una suerte de maravillosa herencia pasada de nieta en nieta generación tras generación, y una repentina desazón empezó a crecer dentro de ella.

De pronto su peso, que nunca había supuesto un problema médico, se volvió un tormento para su abuela y su tía. No comprendía tanta repulsión y tanto desvelo, esa necesidad de gastar dinero en comprimidos, citas, viajes y adultos desconocidos ante los que tenía que desnudarse. La violentaba de una forma indecible. Y le dolía profundamente, más que el hambre que le obligaban a pasar, el desprecio que da-

ban a entender sus gestos y palabras. Como si hubiera algo terriblemente mal en ella, como si su cuerpo fuera anormal, como si tuviera una tara, como si su completa felicidad dependiera de ello.

«Con la cara bonita que tienes, tienes que cuidarte, o no vas a encontrar un novio. Y para los trabajos... », le dijo su abuela.

«Vete a lavarte, si no, al abrir las piernas, hiedes», vociferó su tía, la tarde anterior a una cita con el dietista, estando todo el grupo de niños reunidos en el bajo de su casa. O *«deja de comer, que estás gorda como una burra»*, con una inquina que no pudo nunca disimular, arrancándole el plato de delante.

De pronto ya no era una niña, era una colección de etiquetas. Gorda, aprovechada, zorra. Se decía muchas veces que los adultos tenían una forma muy particular de demostrar que te querían o se preocupaban por ti. Y era espantosa.

Creció con una vida milimetrada, desde el qué vestir y qué estudiar hasta el qué pensar y cómo comportarse; cualquier conato de rebeldía: una mirada pesarosa, un suspiro de malestar, era aplacado con gritos y golpes.

Poco a poco y sin darse cuenta fue perdiendo la chispa que ilumina en los primeros años de vida y fue tejiendo su capullo seguro de silencio y soledad. En su habitación tenía su refugio, con sus libros; sus dibujos y la imaginación, que nadie le podría robar; donde podía cubrirse bajo las sábanas para llorar hasta quedar dormida sin que nadie la viera porque eso aliviaba; donde nadie podía escuchar el rugido de su estómago cuando se acostaba tras otro día sin comer porque sabía que eso estaba bien, le decían que eso estaba bien, en todas partes decían que eso estaba bien.

Hay frases y vejaciones que cuesta olvidar. Quizá el tiempo, la distancia, el empeño y el amor propio hacen que duelan menos o que sanen. Pero, en esa época, cuando aún te estás forjando una personalidad, cuando estás aprendiendo del mundo que te rodea, las experiencias pueden marcarte muy adentro.

Cuando se te anula el derecho a la protesta por temor a las consecuencias; cuando creces con una imagen distorsionada de ti, creyendo que el amor es desvivirse por los demás; que autoexigirse hasta la extenuación es lo ideal; que tragarse las lágrimas te hace fuerte; que renunciar a la comida te evita el desprecio ajeno; que fustigarte cada vez que cometes un error te evitará volver a fallar, no eres consciente de cuán profundo es el pozo que estás cavando, de cuántas capas tiene la coraza que estás sosteniendo. Y cuantísimo pesa.

Terminar la carrera, conseguir un trabajo estable y poner tierra de por medio no había logrado que se esfumaran los fantasmas. A veces desearía poder ser otra persona, poder salir de sí misma, desaparecer.

—Llevo treinta años en una especie de doble vida, con una máscara, en la que públicamente estoy cuerda, sonrío, tengo todo bajo control y, bajo llave, las crisis de ansiedad, las ideaciones y la bulimia me hunden. Creo que esto responde a su primera pregunta.

Dejó de escribir un momento y se quedó mirando la grabadora, que aún estaba encendida. El sol atravesaba la ventana y lamía con rayos oblicuos el escritorio, los diplomas, los libros de la estantería. Había transcurrido más del tiempo reservado para esa cita, pero no le importaba. En su cabeza iba anotando los manuales de los que valerse con este

caso, era su manera de centrarse para no empatizar más allá de lo sano y quemarse. Dar conferencias y formaciones era la parte sencilla de su trabajo; bajar a las trincheras era doloroso si no te cuidabas. En la salud, al relacionarte con las personas y brindarles apoyo durante un tiempo inevitablemente se forman vínculos. Unos sanan, otros quedan en el camino; «*para morir, solo hace falta estar vivo*», leyó alguna vez. Y había experimentado ambas desde su propia trinchera. ¿Haría todo lo posible por sus pacientes? Por descontado. Pero sentía el reflejo de las palabras de Marta: ¿cuántas capas podría soportar su coraza? Quizá más pronto que tarde debería hacerle una visita al equipo del centro que estaba a disposición de los empleados para evitar precisamente eso: quemarse.

—Te agradezco la honestidad —dijo al fin, dejando de vagabundear por el despacho y sentándose en una esquina de la mesa—; las aperturas no son fáciles. ¿Cómo te sientes?

—No guardo rencor. Pero... —Dejó escapar el aire que estaba conteniendo—. No sé qué sigue ahora.

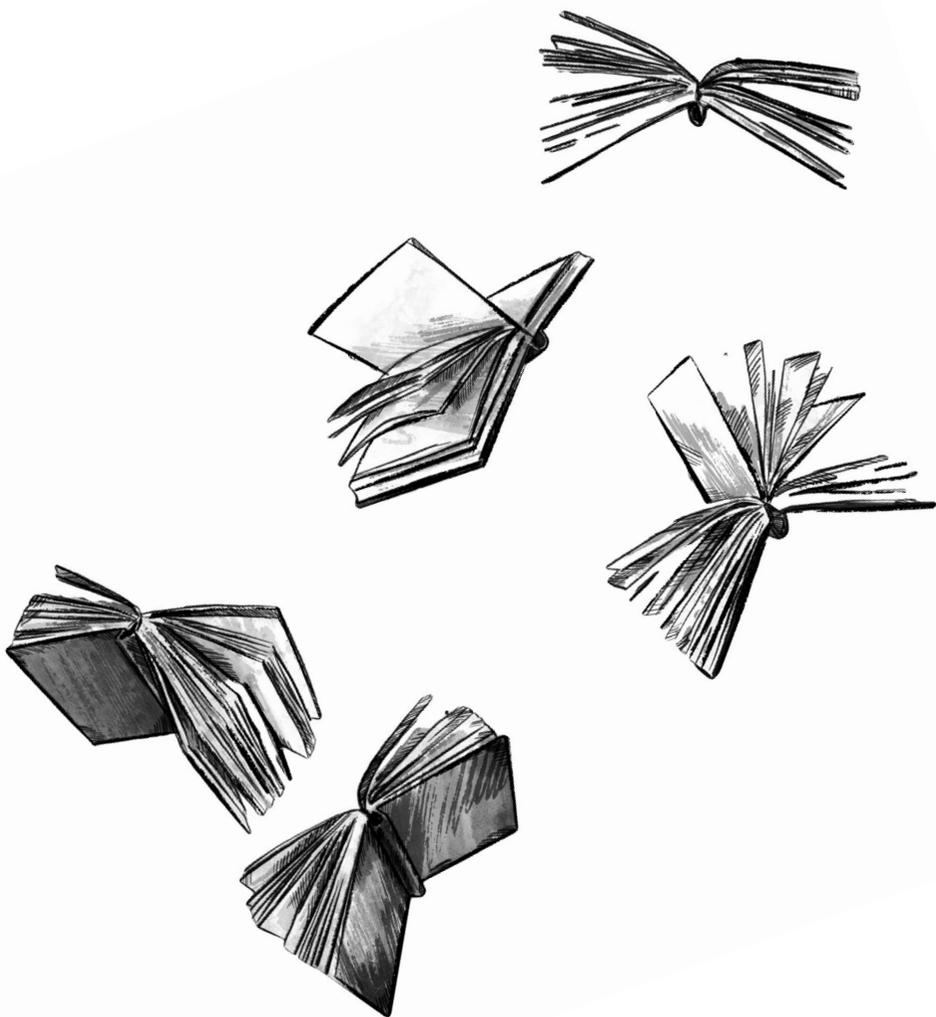
—Bueno, ahora tenemos material con el que trabajar. Ahora sigue la curación.



SEGUNDO ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

Calle del silencio

Lucía Naveiro Grande



LUCÍA NAVEIRO GRANDE

Nació en Cádiz en 1998. Es Licenciada en Comunicación y Medios Digitales por la Universidad Instituto de Empresa de Madrid y Oboísta por el Conservatorio Profesional de Música "Manuel de Falla" de Cádiz. Desde hace nueve años escribe relatos cortos de ficción en los que refleja su pasión por viajar y su conciencia feminista, a través de personajes femeninos subversivos en diferentes épocas históricas y países. Anteriormente, ha sido galardonada con cinco premios literarios, destacando el Segundo Premio de la Fundación IE en Humanidades por el relato corto *Los días violentos* (2017) y el Primer Premio en el Concurso Internacional de Narraciones Cortas "Luis Landero" por *Casta Diva* (2016). Actualmente, está inmersa en varios proyectos creativos y sociales mientras dedica su carrera profesional al sector de las Artes Escénicas.

Calle del silencio

(SEGUNDO ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN)

23 de junio de 1963

Revolucionaria, dramática como ella sola, la joya de la corona, la guinda del pastel. La única capaz de sacarme de quicio y hacerme adicta al mismo tiempo, sin mesura y sin avisar. La mujer a quien las fatalidades de la vida la condujeron un día al transitado cabaret de la calle Silencio. La llama que incendió y salvó mi ordinaria vida con un hombre que nunca quise. Esa era Catalina Bellevenue, la hija de una graciosa cigarrera gaditana y un capitán de navío francés que se marchó un día para no volver jamás. Y es así como comienza la historia de mi máxima pérdida, la que relato en esta carta.

En aquel cabaret que hacía esquina, protegido tanto del viento de levante como de la represión franquista, Catalina Bellevenue fue la estrella que iluminó las noches más oscuras durante años. No era muy alta, pero tenía los grandes ojos azules de su padre y la oscura y rizada melena de su madre. Caderas anchas, lunar en la mejilla y pícara sonrisa. Cantaba desgarradora, contoneándose en el escenario, regodeándose entre silbidos y pesetas. Tenía todo lo necesario para ser el objeto de deseo de marineros, aristócratas e incluso altos cargos del régimen, aunque nadie tuviese los reaños de admitirlo. En la hipócrita sociedad gaditana, todo hombre de determinado estatus que se preciase, debía disfrutar al menos una vez en su vida de un espectáculo de Catalina y, con mucha suerte, acabar en su alcoba.

Estos hombres se daban cita con las noches sin alba en el barrio de las luces rojas, hogar de la calle Silencio, donde los vecinos más liberales se aliaban para evadir la vigilancia policial. ¿La señal de partida? Un destello intermitente en la puerta del local. Todos los viernes, Catalina comenzaba sus actuaciones seguida por los subversivos, los olvidados, los oprimidos y los desamparados. Los que llevaban el *silencio* por bandera. Por aquel entonces, yo sentía una desdicha similar, aunque mi *silencio* era aún más denso y me lo zampaba cada maldito día en el comedor barroco de mi casa de la calle Ancha, con inmensas dosis de culpa. Mi marido no era consciente de este sufrimiento, y en parte me alegraba que así fuese. Por eso, algunas noches simplemente me dejaba hacer en la cama, mirando la luna por la ventana y deseando que acabase pronto. A pesar de todo, estaba convencida de dos cuestiones: que Dios me tenía una cierta compasión y por ello, no me había permitido concebir un hijo, y que no había mal que cien años durase, ni cuerpo que lo resistiera. Así, cuando mi esposo se ausentaba de la ciudad, me plantaba sus atuendos para dirigirme al cabaret, el único lugar en el que conseguía curarme de la fiebre del deseo reprimido, al menos durante un rato. Cada vez que se mostraba en el escenario uno de los artistas, la única mujer del público les lanzaba una mirada cómplice.

Fue en una noche exitosa para Catalina cuando tuve el placer de cruzármela en la barra. Yo observaba la sala inundada de humo, alcohol y gentío, sintiendo la adrenalina de quien iba de incógnito a un lugar prohibido, mientras ella celebraba la vida a lo grande a cara descubierta, con botellas de cava e incontables habanos, apenas cubierta por un maillot negro y un tocado de plumas propio de una estrella. No podía dejar de mirarla, sobre todo cuando

estaba lo suficientemente cerca como para oler su intenso perfume, de aquellos que mi marido jamás habría tolerado. Eventualmente, Catalina se encontró con mi mirada y se acercó, seductora.

—¡Cariño, yo a ti no te conozco! ¿Por qué tan serio? Anda, tómate una copita, que te va a sentar bien. ¡Paco, un coñac para este hombre, a ver si se alegra un poco! —exclamaba alegremente una escandalosa Catalina.

En aquel momento, solo asentí con la cabeza y sonreí, ocultando mi rostro bajo el sombrero.

—¡Qué calladito estás! ¿Qué te pasa a ti, chiquillo?

Catalina se inclinó insolente para observarme de cerca y yo comencé a temblar, en parte por el temor a que me descubriese, en parte por la agitación que me provocaba esa mujer. En ese preciso instante en el que sentí que el mundo se detuvo, Catalina fijó sus ojos en los míos con una expresión de sorpresa que se transformó en una media sonrisa, mientras se apartaba lentamente.

—¡Pero qué *partibles* sois! ¡Dejadme en paz un rato con mi amigo! —ordenó Catalina a su corte de admiradores, gesticulando exagerada con las manos.

Respirando aliviada ante la insólita escena, sonreí. Y entre charla y copa, nos acercamos la una a la otra cada vez más, y yo comencé a sentirme correspondida en el acto más revolucionario de mi vida. Daban igual las manos indiscretas de los marineros, Catalina sólo me miraba a mí y eso me hizo sentir viva después de una eternidad en lo más profundo del pozo.

—¿Cómo te llamas, a todo esto? —preguntó Catalina, con una sonrisa pícar.

—Lola.

—Pues qué valiente, Lola.

Y a eso de las tres de la mañana, contra todo pronóstico, Catalina me convirtió en la afortunada que pisó su alcoba aquella noche.

Me obsesioné. No lo niego. Catalina era una mujer agri-dulce, y su vida me resultaba tan fascinante como aterradora. Desde niña fui educada en una familia *bien*, siguiendo las normas a rajatabla, vistiendo alta costura y comiendo tres veces al día, pero ella me enseñó a comprender una vida de libertad sin ataduras. De mí, una mujer tan solicitada en lo público y tan solitaria en lo privado recibió el amor como nunca antes. Nos enamoramos pérdidamente y vivimos nuestro idilio entre el cabaret, las sábanas de su lúgubre habitación de alquiler en el barrio del Pópulo y los encuentros furtivos por los callejones. Lugares que, con ella, me parecían lo más bello del universo, mientras soñábamos con huir a París, donde se convertiría en actriz y yo estudiaría leyes.

Catalina solía desaparecer durante el día para evitar las miradas de odio, compasión, o de ambas cosas, de las mujeres que ignoraban que, en el fondo, todas estábamos en el mismo barco. Se ocultaba en su dormitorio o, si salía, lo hacía bajo un gran sombrero. Aun así, en una ciudad pequeña no era difícil ser reconocida, por lo que recibir comentarios lascivos, especialmente de hombres casados, era su pan de cada día. Sin embargo, a ella, misteriosamente, no le importaba. Continuaba con su vida nocturna sin prestar atención a una sociedad hermética que condenaba cualquier forma de vida alejada de lo considerado decente, pero que hacía la vista gorda por el mero propó-

sito del disfrute masculino. Catalina, activa en las reuniones republicanas de la ciudad, normalmente ocultas en los sótanos de ciertos comercios, auxiliaba como podía a los exiliados, daba rienda suelta a su ideología y ahogaba sus penas en vasos de coñac. Yo jamás entendí sus ideas. De hecho, en más de una ocasión, discutimos fervientemente tanto por nuestras respectivas maneras de ver España, tan opuestas, como por su absurda necesidad de encontrar más formas de jugarse la vida. Aun así, llegaba a comprender el sentimiento de asfixia al pensar en las innumerables listas de rojos asesinados, siendo consciente de que una aventura así me podría convertir a mí en la siguiente, en cualquier momento. Catalina solía decir que luchaba por su madre ejecutada, para que otras mujeres no se convirtieran en nuevas víctimas. Mientras lo relataba, yo recordaba a mi madre, mujer de un teniente franquista, ayudando a su marido a transcribir las órdenes de ejecución en casa. Tanta paradoja me desquiciaba.

Y todo esto ocurrió durante meses en los que mis visitas al cabaret aumentaban y las posibilidades de seguir engañando a mi marido disminuían. Al igual que mi padre, mi marido era un alto cargo del Estado, y aquello le requería pasar mucho tiempo fuera de la ciudad, hasta el momento en que mis excusas perdieron el sentido. Mi marido, convencido de que yo tenía un amante, amenazaba con matarle si descubría quién era. A veces, me encontraba a mí misma frente al espejo del tocador de mi dormitorio, ocultando mi melena recogida bajo el sombrero que me liberaba por las noches, mientras me planteaba cuánto duraría aquella historia, cuánto dolor tendría que soportar antes de desaparecer por completo, o incluso si realmente merecía la pena el enorme riesgo al que nos estábamos exponiendo. Sin embargo, jamás fui capaz de dejar a la única persona que me había hecho feliz. Con

el tiempo, los únicos instantes en los que pude ver a Catalina fueron tras mis reuniones en la Sección Femenina, que transcurrían cerca de su casa. Sus abrazos me calmaban mientras recordaba continuamente el matrimonio concertado que mis padres me habían obligado a tomar y que me consumía en *silencio*, sin poder pedir auxilio ni redención.

Hasta que un día, después de que mi marido me abofetease por enésima vez, le supliqué a Catalina que huyésemos urgentemente. No podía más. Sabía que ella tenía contactos que nos podrían ayudar a cruzar la frontera en barco hacia Marruecos para después viajar a Francia, y debíamos actuar rápido. Ese mismo día, Catalina me confesaba inquieta que un cliente celoso planeaba denunciarla “por roja, por puta y por invertida”, por lo que la mejor y única opción era marcharnos esa misma noche sin pensarlo ni un minuto más. Con un beso que nos dio la fortaleza necesaria para el último impulso, cada una se fue a su casa. Una mezcla de júbilo y espanto me inundaba al pensar que mi vida por fin cambiaría para siempre. Completé mi maleta con muchas ilusiones y pocos enseres, y la oculté cuando mi marido llegó a casa ebrio. Esa vez, su expresión era de un odio y de unos celos enfermizos que jamás había visto en mis cuatro años de matrimonio.

—¿Qué pasa contigo? ¿Qué hacías? ¿Y la comida? —increpó, tambaleándose.

—No me sentía muy bien, cariño. Me eché a descansar un rato y me quedé dormida... Pero la haré enseguida, ¿qué te apetece? —dije con la voz temblorosa, tragando saliva.

—¡Mientes! —me agarró por el cuello con fuerza—. Me ha dicho Manolo que te ha visto andando de noche por donde las putas. Buscando al tío que te follas, ¿verdad?

Me soltó con violencia y completamente fuera de sí, corrió al dormitorio para vaciar agresivamente los cajones, tratando de encontrar evidencias de adulterio, gritando de rabia, lanzando mis cosas contra dos jarrones de porcelana que cayeron al suelo, como en desamparo. Yo sólo podía llorar aterrada en una esquina, con mis manos en el cuello, viendo cómo cada escena de mi vida se paseaba por mis ojos, como si supiera que iba a morir esa misma noche. Y de repente, dentro de un pequeño joyero cerrado con llave que fue capaz de abrir a base de golpes, encontró la prueba del delito: una servilleta con el nombre de

Catalina y su dirección, de la noche que la conocí. Me miró horrorizado y pronunció la sentencia final.

—Putas invertidas... ¡eres una aberración!

Aquella noche no pude escapar al lugar donde habíamos quedado con las personas que nos alejarían de todo aquello. Pero de qué habría servido, si mi esposo había recibido la denuncia contra Catalina y una orden de arresto esa misma tarde. Nunca más supe qué fue de ella. Nunca volvió al cabaret, nunca más se paseó por la ciudad. A pesar de su humillación personal, mi marido prefirió no hacer nada al respecto y cargarlo como una penitencia interna. Al fin y al cabo, no le merecía la pena renunciar a su esclava. Nuestra vida continuó siendo la misma, aunque mi *silencio* se volvió tan espeso y asfixiante que una noche traté de saltar por el balcón. Fue Maruja, mi asistente, la que me detuvo justo a tiempo y me salvó la vida en todos los sentidos, algo que siento que jamás le pude agradecer lo suficiente: me cogió la mano firmemente, me miró a los ojos y, haciéndome prometer que me cuidaría a mí misma hasta el último segundo, me susurró una dirección al oído.

Y hoy, por suerte, soy capaz de escribir esta carta desde un pequeño apartamento de París, donde vivo desde hace cinco años estudiando leyes, siguiendo mi instinto de pura supervivencia. Conocí a otra mujer maravillosa, aunque aún se me hace extraño pasear con ella a plena luz del día. Y es que pasan los años y sigue siendo amargo pensar en Catalina, una mujer libre en tiempos de guerra, una valiente que enfrentó una dictadura y a sus discípulos, que apareció en mi vida y que fue lo suficientemente generosa como para darme la fuerza y el amor para estar hoy aquí. A veces, me reconforta la esperanza de que pudiera escapar al lugar que merecía y que un día, la veré caminando por los Campos Elíseos. Otras veces, sigo llorando su pérdida mientras asumo que jamás sabré dónde estará su cuerpo. Pero mientras tanto, me conformo con que esta carta pase de mano en mano, de mujer a mujer, y que algún día, España esté preparada para leerla.

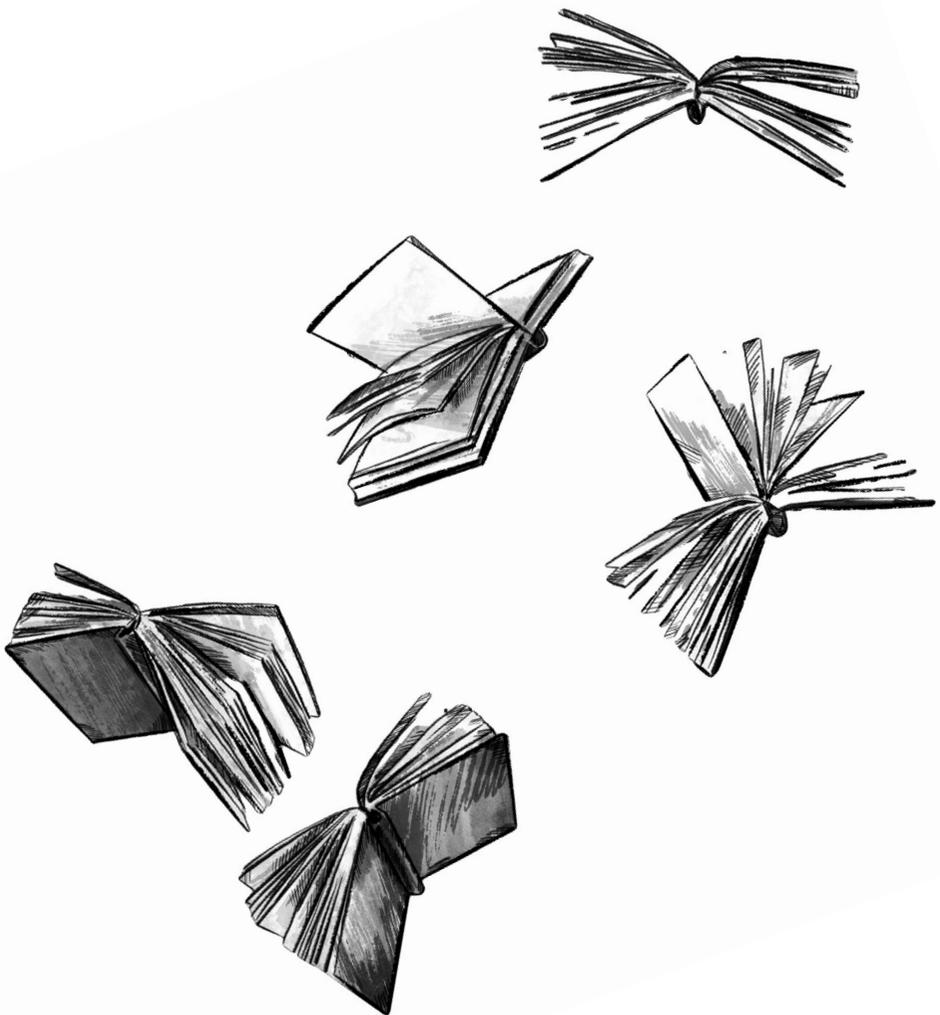
Por Catalina. Y por todos aquellos que saben lo que significa el *silencio*.



TERCER ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

La tabla de salvación

María del Pilar Obesso Martín



MARÍA DEL PILAR OBESO MARTÍN

Mi reseña biográfica tiene que ver más con lo que no he sido. Mi amor por la escritura comenzó de niña, por avatares de la vida junto a la orientación poco certera de la infancia de la época, esa pasión se esfumó. Me alejé aún más también al seleccionar mis estudios, mis aficiones y mi carrera profesional, más vinculada a la tecnología. El ir ganando en años y en conciencia me ha traído el reencuentro con ciertos dones que nunca debieron quedar atrás.

El pasado año la pandemia me regaló una segunda oportunidad. Apareció de la nada, como suelen surgir las cosas bonitas, un taller de escritura. El taller se celebra a través de pantalla, la creadora es una mujer, escritora y amante de lo escrito, Cristina Serrano. Gracias a ella retomé la escritura, ella perfiló mis puntos y comas, gracias a ella continúo este placer, relatando en los encargos que con gran acierto e imaginación nos propone cada mes. Este premio es su mérito, su trabajo y su tesón. Ella nos acerca a ese maravilloso mundo de las escritoras que nunca fuimos y que quizá soñamos con llegar a ser, haciéndolo, cual hada madrina, realidad.

La tabla de salvación

(TERCER ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN)

Me despierto en mitad de la noche, observo a Juan, duerme, desprende tanta calma. ¿Qué hora será? ¿Ojalá queden aún muchas horas para las siete? Tengo tanto sueño ¿Las ocho? ¿Me he dormido? Debo ponerme en marcha, el cultivo me espera, si no continúo con el protocolo, el trabajo de la semana se irá al traste.

Cada día antes de posar mis pies en el suelo, atiendo a un ritual, así debe ser, así siempre, comienza bien el día, es mi momento, no se puede alterar, incluso aunque la prisa me invada:

Deposito pausadamente la mirada en el cuadro de la tabla periódica, desde que Doña Aurora, en el instituto, me transmitiera su pasión por este gran descubrimiento, ha constituido para mí, soporte y guía. La Tabla, tan organizada, tan predecible, desde el hidrógeno al ununocium, tan práctica, tan útil, sus periodos, sus grupos... Si fuera capaz de organizarme en mi vida del mismo modo, resultaría infalible.

Recuerdo, con cierto orgullo, el esfuerzo que supuso persuadir a Juan para situarla justo frente a nuestro despertar, en el lugar privilegiado de nuestra alcoba. Él como todo químico que se precie, conoce la relevancia que ocupa en nuestro entorno, pero no le guarda veneración. Fue una vehemente pugna para lograr conquistar ese pedazo de pared, él hubiera preferido alguna de sus bucólicas fotografías. Me rebatía con humor.

- Sí, sí, estoy contigo, la periódica refleja el orden natural del mundo, contiene la esencia del universo pero ¿en nuestra

cama? en nuestra cama, amor, me basta y me sobra con la esencia que emana tu cuerpo.

La ironía es su recurso natural. ¡Cómo admiro esa capacidad que tiene de situar una tilde jocosamente en nuestras discrepancias! Esta cualidad, unida a su ternura, son aspectos en que él sobresale y de los cuales yo carezco por completo.

Juan cedió y situamos el cuadro en el espacio que merecía, frente a mis amaneceres. En los primeros instantes del día mis colegas de profesión harán gimnasia, gárgaras o saludos al sol, yo la contemplo durante cinco o diez minutos, según la premura de la jornada. En ese lapso trasciendo lo evidente, quedo como ausente, ensimismada en cualquier elemento, mi cabeza navega en sus misterios y encantos. Me conecto con su entidad inmaterial, ocurre un momento de comunión con una de esas sustancias y sobreviene el milagro, se transfiere a mi ser lo que requiero en ese preciso momento, fortaleza, brillo, paz, ductilidad, constancia, presteza ... Esta mañana mis pupilas se anclan en el Helio¹, comienzo a sentirme ligera, es hora de levantarse y ponerse en marcha. ¿Por qué estaría tan cansada?

En la cocina, se escucha el silencio, la casa duerme. Juan se ha quedado sin trabajo, para mí este hecho no supone ningún drama, casi lo contrario, con mi sueldo tenemos suficiente, a él este tiempo le permitiría dedicarse a la escritura y a la casa, que tanto le agrada. No encuentro el café, tomaré una infusión de las de Juan, imposible que se haya agotado el café y Juan no lo haya repuesto. Es un as de la intendencia. Mientras propino sorbos a la taza ardiente, ojeo las notificaciones del móvil, el día comienza luminoso, pendiente

¹ Helio.- Su origen es la palabra helios que significa sol. Es tan ligero que la gravedad de la Tierra no es lo suficientemente fuerte como para aferrarse a ella.

de una charla sobre el futuro de la química orgánica, ilusio-
nante, el viaje en bus será inmejorable. Juan aparece y me
acaricia suavemente la nuca, me sorprende, no le oí llegar:

- ¡Curie!, ¿Para qué te levantas tan temprano? ¿Qué te ocu-
rre? No se ha despertado, aprovecha y descansa.

Juan me llama Curie, cariñosamente, Marie Curie fue una
de las mujeres que participó en el desarrollo de la tabla,
como tantas otras, casi siempre ignoradas, su hija Irene Jo-
liot-Curie, por ejemplo, de la que seguro muy pocos habéis
escuchado hablar, además de antifascista y activista social,
recibió el Nobel de química por el descubrimiento de nuevas
sustancias radioactivas. Ella y su marido, porque en aquella
época no podían reconocer su gran capacidad sin apoyarse
en algún varón que la acompañara. Él sabe lo mucho que
me gusta que me llame así.

A veces me pierdo en sus bromas, mi mente y la suya se
desconectan. Me pregunto qué querrá decir eso de que no
se ha despertado ¿Quién? Yo estoy despierta, él también,
nadie más hay en casa.

Un berrido descomunal inunda el espacio, el sonido proce-
de del despacho, Juan me suelta y se apresura hacia el es-
truendo, le sigo, descubriremos juntos de qué se trata.

Helio, Neón, Argón, Kryptón, Xenón, Helio, Neón, Argón,
Kryptón, Xenón, Helio, Neón, Argón, Kryptón, Xenón Helio,
Neón, Argón, Kryptón, Xenón Helio, Neón, Argón, Kryptón,
Xenón, Helio, Neón, Argón, Kryptón, Xenón. ¡Por todos los
gases nobles! ¿Qué le ha ocurrido a mi despacho? ¿Las pa-
redes son azul celeste? ¿Mi mesa de trabajo ha desapare-
cido? ¿Dónde está el ordenador? ¿Qué sostiene Juan entre
sus brazos? ¿Qué diantres ha ocurrido esta noche? Yo me
tengo que marchar, no puedo asumir lo que tengo ante mí.

¿Qué me ocurre? En mi cabeza sobrevienen flashes de un parto, de dolor, escenas de lágrimas, tristeza. Ese ser ha salido de mí y yo no siento lo que es natural sentir, la oxitocina no está funcionando, necesito escapar, necesito reorganizar mis pensamientos.

- Me tengo que ir al laboratorio Juan, es importante para mí, tú lo entiendes, ¿verdad?

Claro cielo, ve cuantas veces necesites, nosotros estaremos bien, te ayudará a superarlo, déjame la leche en la nevera, el sacaleches está en el fregadero, lo limpié anoche.

Recito en mi cabeza, como un mantra, todos los elementos una y otra vez, en su orden estricto, el de número atómico, los necesito todos al completo. ¿En el fregadero? ¿Sacaleches? ¡Potasio²! ¡Potasio! ¡Potasio!

Mis ojos examinan el aparato, mis manos parecen manejarlo diligentemente bajo mi blusa, dominan su práctica, está claro que no es la primera vez que realizo esta acción. ¿Y manejar a la niña? ¿Será tan sencillo como el aparato? Quizá también sepa hacerlo. Mi pecho se ha convertido en un surtidor, flanquean la camisa sendos lamparones ¿Cada cuánto sucederá esto? Lo miraré por Internet. Escapa, escapa.

Salgo del portal, por fin respiro, dejo atrás esa opresora angustia. La parada del bus continúa en su lugar, los ruidos, los coches, las prisas, los viandantes, las papeleras, la suciedad, el olor a alcantarilla, nada ha cambiado, suspiro aliviada. Al parecer salvo el pequeño detalle del despacho y la criatura, la vida sigue perfecta, como la dejé al irme a la cama anoche. Me pongo los cascos para escuchar algo interesante.

² Potasio.- Kalium es el nombre en latín del potasio, y deriva del árabe 'al qaliy', que significa 'cenizas calcinadas'.

Ya analizaré esos dos detalles más despacio, ahora necesito calma y ponerme la bata blanca.

- Enhorabuena Irene, ¿Qué haces aquí? ¿A tu baja aún le queda mucho tiempo?, notarás algunos cambios en tu despacho, hemos tenido que retirar algunas cosas, toma las llaves, espero que encuentres lo que necesitas.

Me encierro, echo la llave desde dentro. La busco, entre los papeles, en los cajones, me han cambiado de lugar demasiadas cosas, necesito observarla. No la hallo, estoy deslocalizada, me conformo con su imagen en el móvil, la reconozco, vuelvo a la calma. La tabla, la bendita tabla. Mi atención es acaparada por el mercurio³, busco la inspiración en su brillo inagotable. Parece urgente que le dedique atención a lo que me está ocurriendo. Tengo que analizarlo. Desmenuzaré y hallaré solución para esta entelequia:

Datos:

1. He encontrado evidencias de que el estudio que tenía entre manos está archivado y con estadísticas concluyentes.
2. Mi cuerpo está dolorido y una cicatriz recorre mi abdomen.
3. No recuerdo embarazo, apenas el parto, ni el hospital.
4. Mi cabeza ha querido borrar todo el proceso.
5. Un bebé de género femenino me espera en nuestra casa.

³ Mercurio.- Su nombre en inglés era *quicksilver*, pero los alquimistas consideraron nombrarlo mercurio como el planeta, por su cercanía al sol en relación a su esplendor similar al oro.

Sólo me resta evaluar los pros y los contras.

A favor:

1. Queremos tener un hijo. Eso no es cierto, Juan quiere tener un hijo ¿Y yo? ¿Quiero que alguien continúe con mi legado? De ese concepto puedo estar más próxima.
2. Tengo 38 años. No puedo demorar mucho más la decisión.
3. Él será tremendamente feliz.
4. Amo a Juan, él cuidará de todo, somos un equipo, yo continuaré con mis estudios.

En contra:

5. Tendría que averiguar qué le ocurre a mi cabeza, intentar recordar.

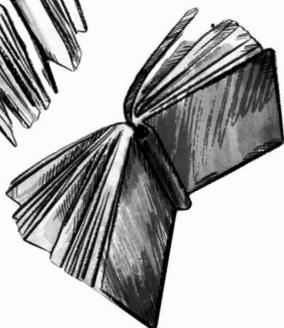
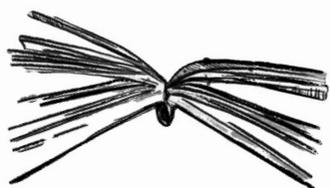
Irrefutable el peso de lo favorable, no hay duda. Quizá no merezca la pena darle vueltas a este olvido... será un secreto. Algún día se lo contaré a esa niña cuando crezca, quizá sea mi Irene Curie. Me marcho a casa, probaré a cogerla en mis brazos, le recitaré los elementos, en orden, Irene ha salido de mí, le gustarán.



CUARTO ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

El chichón

María Rocío Pollo Martín



MARÍA ROCÍO POLLO MARTÍN

Nació en Salamanca en 1977, aunque reside desde hace 10 años en Zamora. Licenciada en Psicología por la Universidad de Salamanca, ha compaginado su profesión como psicóloga y gerontóloga con su pasión por la escritura, centrándose en esta última con más intensidad en el último año. Sus relatos han obtenido diversos premios y puestos como finalista en varios certámenes literarios. Primer premio en los concursos: IX Concurso Intergeneracional de Microrrelatos de la Gaceta de Salamanca (*"El toque"*), Certamen Versos Libreros de Nórdica Libros 2021 (*"Soplo de vida"*) y Concurso de relatos Una Navidad diferente de Cabrerizos 2021 (*"Noche de ronda"*). Segundo premio en los certámenes Relatos del Mar de Rianxeira 2021 (*"El último deseo"*), Concurso de Microrrelatos 7 cepas de Solar de Samaniego 2021 (*"Y todo comenzó con una copa de vino"*) y III Certamen de Narrativa Breve de Casas Bajas 2021 (*"Cinco lobitos"*). Tercer Premio en el I Certamen Relatos con Huella de la Asociación Dejando Huella Albacete 2021 (*"Don Paco y compañía"*) y Finalista en el IV Certamen de Microrrelatos de Cabezas del Villar 2021 (*"El cencerro"*), y en el IX Certamen de Microrrelatos Fantásticos y de Terror de Sants 2021 (*"Cuéntame un cuento"*).

El chichón

(CUARTO ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN)

Miro la hora en el móvil, mientras vigilo las salchichas que tengo en la sartén. Sólo son las ocho de la tarde y ya no puedo con mi cuerpo. Carolina y Alberto corretean alrededor de la isla de la cocina, recién bañados y ya embutidos en sus pijamas de colores.

— ¡Niños, por favor, dejad de correr! —No sé si me están ignorando, no me han oído ensordecidos por sus propios gritos o si mi voz, a estas horas del día, ya no cuenta con la fuerza suficiente. Suspiro con resignación, mientras pongo agua en una cazuela para hacer el puré de patata. Los niños siguen corriendo de un lado para otro. Me gustaría decirles que parasen, pero me cansa repetir el mismo discurso una y otra vez, una y otra vez las mismas palabras, día tras día, siempre con los mismos resultados: nunca hacen caso hasta que mi tono de voz no alcanza un volumen al que esta tarde no tengo ganas de llegar. La situación, no obstante, se resuelve por sí misma: Carolina acaba de tropezar con Copo y ha caído de bruces contra la esquina de la mesa. Primero se hace el silencio. Después un aullido emerge del suelo y se entremezcla con el chisporroteo de la sartén. Me inclino sobre la vitrocerámica para ponderar la gravedad de la situación: emergencia grado tres, sin sangre ni dientes volados. El grado tres no requiere medidas drásticas, normalmente se resuelve bien con calma y achuchones. Corto el fuego de las salchichas, bajo el del agua y acudo a templar la crisis de Carolina, cuyos gritos ya han llegado a nivel soprano. Ya he aprendido que los decibelios del grito son siempre inversamente proporcionales al nivel de emergencia de la situación. Es como cuando están jugando en su habitación y no sabes qué están haciendo: a

mayor silencio, más gorda la están preparando. Hay chichón. Le digo a Alberto que vaya a buscar el spray de los chichones mientras cojo a su hermana en brazos y le cubro la cara de besos. Me pringo la cara de mocos y lágrimas, y de algo azul pegajoso que no sé de dónde ha salido. Carolina me mira haciendo pucheros, y sus ojos almendrados me empujan por un vórtice espaciotemporal que me escupe dentro de otra mirada profunda, frente a unos labios preñados de besos que vibran con cánticos sanadores a otro chichón. «Cura sana, culito de rana, si no cura hoy, curará...». La voz de mi madre se me ha oído y su canto de sirena me ha devuelto a otro momento en que soy yo la criatura herida, de llanto chillón y demandante. Es tan potente el influjo del hechizo, que hasta soy capaz de oler el aroma a nenuco –el único perfume que usaba mi madre desde que comenzó a traer críos al mundo- y a los polvos de talco que probablemente acabara de poner en el culete escocido de mi hermana pequeña.

-¡No soy culito de rana!- la protesta de Carolina me devuelve al presente. Debo haberle estado cantando desde mi estado de ausencia temporal. Pone morritos que presagian más llanto e intento impedirlo con pedorretas y cosquillas.

-¡Pues culito de manzana!- Carolina ríe. La tormenta amaina. Carolina sigue riendo, a carcajadas. Tengo grandes dotes de payaso de circo. Me hincho de orgullo, aunque me escama tanta risa y que la niña en lugar de mirarme dirija su dedo y su mirada a la puerta de la cocina. Cierro los ojos, me temo lo peor: a mayor silencio... Lo dicho. Alberto aparece envuelto en una nube blanca, blanco el pelo, blanca la cara, blanco el pijama de colores: níveo él entero.

-No está lo de los chichones, pero traigo esto- me tiende un bote ya casi vacío de polvos de talco. Es uno de esos botes rosas, de los de toda la vida, con el dibujo de la cara de una

mujer, las letras descoloridas por el paso de los años. Me pregunto de dónde lo habrá sacado. No quiero imaginar la que habrá preparado en el cuarto de baño. Carolina sigue riendo y lo llama muñeco de nieve. Alberto se contagia de esa risa tonta, y los decibelios vuelven a subir. A mí me sube una ola de calor por dentro, no sé si de desesperación, o de cansancio, o de enfado, o de todo un poco a la vez. Sé que me toca contar hasta diez. <<Cálmate. Que no es para tanto. Respira, anda>>. No llego a tras: es enfado.

-¡Bueno, se acabó, ya está bien de tonterías! ¡Alberto, a la bañera otra vez! Y tú, Carolina, a tu habitación hasta que termine con tu hermano –el tono ha debido ser el adecuado, porque las risas amainan y cada uno se dirige sin rechistar y cabizbajo al sitio indicado. Me levanto del suelo, saco las salchichas de la sartén, <<se han quedado frías, me va a tocar calentarlas en el microondas>>. Corto el fuego del agua. <<Hala, salchichas solas, sin puré. Les pondré un poco de ketchup y van que chutan. Bueno, les doy luego un vaso de leche con colacao, que las salchichas solas son poca cena>>.

Me dirijo al baño. Carolina está sentada en la alfombra de la habitación, jugando con sus muñecos. Alberto ya se ha metido en la bañera cuando llego. En el suelo se desparraman dos botes de gel medio vacíos, rollos de papel higiénico, laca de uñas, la depiladora, un cepillo del pelo, varios peines, unas cajas de condones sin estrenar, la caja de coleteros de Carolina, tiritas, todo ello envuelto en una nube blanca de polvos de talco. Compruebo la temperatura del agua de la bañera y vuelvo a la cocina a por el cepillo y el recogedor. Carolina sigue sentada en la alfombra, canturreando tranquila. Suena el móvil cuando estoy de vuelta por el pasillo. Lo he dejado en la cocina. Vuelvo sobre mis pasos. Son mensajes de trabajo. <<Luego los leo>>. Cojo un pijama limpio para Alberto y vuel-

vo al baño. Vacío los restos de los botes de gel en la bañera y tiro los envases. Los condones están caducados –ya no usamos-, los tiro también. Paso una bayeta al resto de las cosas y las guardo en los cajones, mientras le echo un ojo a Alberto. Barro, recogiendo todo el polvo que puedo. << A esto hay que pasarle luego la fregona, con el cepillo no se va>>.

-De mayor quiero ser marinero- juego con su delfín de plástico en el agua.

-Ah, pues mira qué bien- le enjabono de arriba abajo, tiene polvos de talco hasta en las orejas.

-Y me pasaré el día en un barco, jugando con los delfines-. Ahora le ha dado por los delfines, la semana pasada eran los gatos y quería ser veterinario. A saber, tal y como va el mundo, qué acabará haciendo. Le echo champú en el pelo y froto con ganas, <<la semana que viene tengo que llevarle a cortar el pelo, lo tiene ya larguísimo, y ya de paso voy yo, que menudas greñas llevo>>. Cuando pienso en la peluquería, me viene a la cabeza mi padre. Él era el que nos llevaba a mis hermanos y a mí a cortarnos el pelo. Era de las pocas cosas que hacía con nosotros, y no le hacía ni pizca de gracia, qué poco niño era, buscaba cualquier excusa para pasar el menor tiempo posible en la casa. Me pregunto, mientras sigo masajeando el pelo de Alberto, qué diría si me viera ahora. <<Tanto estudio, tanta carrera, para ahora quedarte en casa limpiando mocos. ¿Para esto me he sacrificado yo tanto?>>. A mi madre tampoco le gustó nada mi decisión. << ¿Pero, lo habéis pensado bien? ¡Cómo vas a dejar de trabajar, con el buen trabajo que tienes!>>, me dijo cuando le contamos que venían gemelos y que no queríamos que los criaran unos desconocidos. Nos dijo que se encargaría ella de cuidarlos, que se venía del pueblo, que <<total, allí estoy sola y aburrída>>, pero le detectaron el cáncer y la pobre no llegó ni a conocer

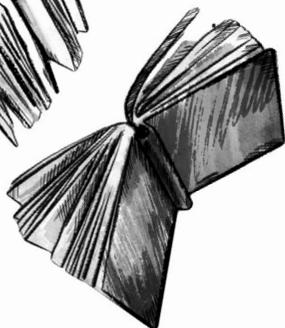
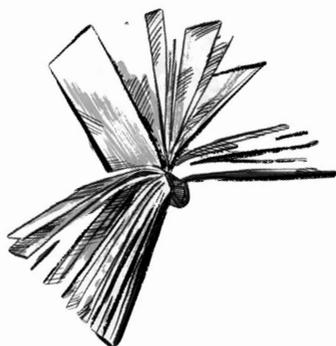
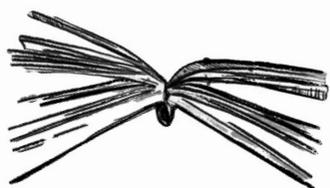
a los nietos. Me da mucha pena, hubiera sido amor loco por ellos. Saco a Alberto de la bañera y le seco bien con la toalla. En el trabajo fue donde más me costó hacerlo entender. Cuando pedí la excedencia por cuidado de hijos, mi jefe se llevó las manos a la cabeza. << ¡Con la proyección que tienes, es una locura!>>. De hecho, se negó a dármele, me tocó andar de abogados. Ya ves tú, ni que fuera mi padre y yo necesitara que me dijeran qué era mejor para mi carrera o mi familia. Alberto se enreda con la pernera del pantalón. A veces todo ésto se me hace muy cuesta arriba. Al principio pensaba que no sería para tanto. <<Ya verás, va a estar fenomenal, llevo a los niños al cole, me quedo tomando un café con las madres, después recojo la casa en un ratito...>>. En qué tendría yo la cabeza. No tenía ni idea de la movida que era llevar una casa. Hay días que se hacen pesados, casi eternos, no tengo apenas tiempo para mí, pero no me arrepiento. Era lo mejor para los críos y, además, de dejar el trabajo uno de los dos, lo lógico es que fuera el que tenía peores condiciones. Ahora he empezado a trabajar algunas horas desde casa, me viene bien para ir retomando la actividad y así desconecto un poco, y, bueno, que el dinero extra siempre viene bien. Acabo de peinar a Alberto y volvemos a la cocina, tras recoger a Carolina por el camino –se había escondido con Copo detrás de las cortinas-. Miro el reloj, las nueve y cuarto. Caliento las salchichas en el micro, las parto en trocitos y se las sirvo con kétchup. Mientras se las comen preparo los vasos de leche. Me siento –me dejo caer, más bien- en la silla y aprovecho para mirar los mails del trabajo. Suenan las llaves en la puerta. Los niños saltan de la mesa y salen corriendo hacia la entrada.

- ¡Mamá, mamá! –gritan como locos. Suspiro aliviado, qué bien que hoy haya llegado ponto. Hoy me libro de contar cuentos y podré leer un ratito tranquilo antes de dormir.

QUINTO ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

Penélope

Laura Urbina Muñoz



LAURA URBINA MUÑOZ

Mi nombre es Laura Urbina y, aunque soy manchega de nacimiento, desde hace bastante tiempo paro por Madrid. Aquí trabajo como profesora de matemáticas en un instituto de la Sierra. Me encanta integrar el arte en mis clases, gracias a lo cual he descubierto que no hay estudiante que se resista al placer estético de una buena obra de arte. Aprovechando esta debilidad, realicé un Proyecto sobre Arte y Mujer, que se presentó en el Museo del Prado (<https://www.museodelprado.es/recurso/genero-e-identidad/e14fc311-6e76-4446-b690-062c75aa62bd>).

Tuve la suerte de resultar finalista del II Certamen Literario para docentes convocado por esta misma entidad, con un relato en torno al cuadro El Prestamista y los usureros actuales (<https://www.museodelprado.es/recurso/ii-concurso-literario-para-docentes/32ec3a2e-1d4a-4a16-b578-6e72a4f240ce>).

En el 2016 publiqué en la editorial Libertarias una colección de cuentos bajo el título de La crisis y veintidós cuentos más, a la que siguió en el 2019 Los sin refugio.

Aparte de escribir y leer, me gusta la danza, la música y viajar en bicicleta. Soy socia de Ecologistas en Acción, ONG en la que milité activamente hace bastantes años, mientras trabajaba en mi tesis, que nunca terminé, sobre energía solar fotovoltaica. También soy socia de Médicos sin Fronteras.

Penélope

(QUINTO ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN)

Episodio 1. "Telémaco"

Las medias perfectas, las que no son ni demasiado gruesas ni transparentes, rotas. Un ocho de marzo espléndido y rotas. Ya no hace tiempo de ir por ahí con las piernas enfundadas dentro de unos leotardos. Seré la única en la reunión ataviada con un traje de chaqueta. Lo mismo lo toman por un desafío. Si un hombre va desaliñado, echan la culpa a su mujer. Pero cuando es ella la que luce descuidada, entonces la crucifican. Las siete. Ninguna mercería abre tan pronto. Tengo que levantar al niño. Niño por dulcificar su adolescencia descarada. Hoy debe llegar puntual al instituto. Está de exámenes. A veces comprendo que conteste. Los niños se hacen hombres enfrentándose al padre; al padre, no al resto de la humanidad, y mucho menos a la profesora de matemáticas. No soportaría otra llamada de la tutora esta semana. Mucho menos hoy, que voy vestida con un traje de chaqueta. Por qué me llaman a mí cada vez que mi hijo se porta mal. Por qué no marcan el número de teléfono de su padre. Son mujeres. Todas las tutoras que ha tenido mi hijo han sido mujeres. Nos hemos consagrado a cuidar dentro y fuera del hogar. Lo mismo me llaman por eso, porque soy una de ellas, o puede que sea porque soy yo quien asiste todos los años, sola, a la reunión que inaugura el curso escolar.

Episodio 2. "Calipso"

En su apartamento de la calle Pelayo una muchacha se prepara para ir a correr al Retiro. Son las diez de la ma-

ñana y su jornada no ha hecho más que arrancar con un único objetivo; tonificar los glúteos. Aunque sólo es ocho de marzo, hace un día primaveral y prefiere ir a trotar por el parque antes que pasarse otra mañana encerrada entre las cuatro paredes de un gimnasio; demasiados meses clausurada, trabajando duro para impedir que se rompa el hechizo. No está enamorada de él, eso se lo reserva a las personas románticas. Pero se lo pasan bien juntos. Sus conquistas le hacen sentirse poderosa. Funcionan a modo de motor, marcándole el camino. Le ayudan a teñirse las canas cuando siente pereza y preferiría tirarse en el sofá a ver la tele. Sólo sus amantes consiguen que se olvide del helado de vainilla que compró un día de bajón y que la tienta desde la nevera. Hoy le ha prometido que vendría, por eso debe ponerse sus mejores mallas, las de las franjas transparentes, porque le resaltan el culo y la hacen sentirse una diosa.

Episodio 3. "Los comedores de Loto"

Las diez y mi estómago protesta como si fueran las dos. Lo sabía. Soy la única en la reunión con pantalones. Las demás ya han empezado a presumir de piernas. Es tan elegante adelantarse a las estaciones, sorprenderlas a contratiempo. Será el té. Es agua. Espero que las tripas no me rujan demasiado alto, eso sí que no sería elegante. Qué necesidad tiene nadie de saber que estoy a régimen. Son cosas mías. Me encantaría que, por una única y maldita vez, comprobaran que sé pensar dejándome hablar en vez de interrumpirme todo el rato. Pero les gusta escucharse entre ellos. Quizás si en los últimos diez años hubiera entrado al consejo de dirección alguna mujer hubieran aprendido a mostrar un poquito más de interés por nuestras ideas. Me siento como aquel personaje del relato de Wells, el que ni absorbía ni reflejaba

la luz. Invisible. Menos mal que este suplicio acostumbra a terminarse rápido. Pero ¿no se acaba? No. Ahora nos piden que nos quedemos los que, una vez concluya el estado de emergencia sanitaria, optemos por continuar teletrabajando. ¿Por qué se levantan? ¿Por qué nos dejan solas? Bueno, a nosotras y a un señor de la tercera planta. Se habrá dormido. Todas con su falda, menos nosotros dos. A lo mejor nos quedamos porque somos nosotras las que asistimos a las reuniones inaugurales del curso escolar, porque sabemos que, si algo se tuerce, la tutora de nuestros hijos nos llamará a nosotras y queremos estar en casa. Así puedes llorar, y disculparte sin avergonzarte, porque algunos niños creen que se hacen hombres enfrentándose a la profesora de mates.

Episodio 4. "Hades"

A las diez, en la oficina de su marido se para religiosamente para tomar café. Trabaja en Arturo Soria, lejos del Retiro y de su casa. Una coartada perfecta para sus frecuentes ausencias; la distancia. Hay otros despachos de abogados cerca, y muchas cafeterías, y demasiadas camareras a las que sonreír mientras bromea con sus compañeros. Las conversaciones de fútbol funcionan como un aperitivo; abriendo el apetito de la palabra. Después el cuerpo se anima y se atreven con los coches y las camareras. "A mí me gusta más la del bar de ayer." Y, aunque todos están de acuerdo en preferir a la otra, le sonríen a ésta como si fuera la única. Cuando salen por la puerta, a pesar de preferir a la de ayer, se despiden de ella guiñándole el ojo.

Episodio 5. "Los lestrigones"

Debería ponerme una alarma. Sería una desgracia que se me fuera el santo al cielo y la libertad se adueñara de cinco minutos míos. Aunque bien pensado, es una tontería. Todo el mundo se pone en pie a las dos en punto y sale corriendo por la puerta. Ellos son la alarma. He tenido suerte de que el estómago no me rugiera en mitad de la reunión. A nadie le importa si estoy a régimen porque no me gusta lo que veo en el espejo. Ellos tienen suerte. Arturo y José, por ejemplo, tienen suerte. Toda la mañana hablando de comida, presumiendo por ver quién es capaz de comerse la hamburguesa más obscena. Dos pisos, tres pisos de carne... y mi estómago revelándose, como lo hacen mis oídos cuando escucho un reguetón. "A ella le gusta que le den duro, y yo quiero la combi completa, culo y teta". Orejas a la plancha con ajo y perejil picados, manitas de cerdo en salsa de tomate, bocadillos de salami picante, Judiones de la Granja con morcilla... Dentro de poco se arrancarán por cachopos. "Combi completa, culo y teta." Les gusta presumir de que se lo comen todo... Mi estómago se enrabieta. Los últimos cinco minutos pican como un puerto de primera especial, parece que no fueran nunca a dar las dos.

"No, no voy. Tengo que hacer un recado." Arturo y José se alejan, en compañía del resto de los que hoy se han puesto unos pantalones menos yo. Llega la primavera, es ocho de marzo, y ellos no tienen que ponerse a régimen, porque pueden competir a ver quién se come la más grande. Dos pisos, tres pisos... La Gran Vía es más bonita cuando no se pasa hambre. Lo mejor es no pararse en los escaparates ahora, dejarlo para la vuelta. Está braseada y sabe rica. Buscaré un banco a la sombra y me la comeré. A lo mejor podía haber restregado algo de tomate en el pan... Mañana. Mañana otros doscientos gramos de pechuga de pavo. Dos pisos, tres pisos, "combi completa, culo y teta".

Episodio 6. "Escila y Caribdis"

De vuelta, camina despacio, apurando su merecido descanso. Ahora sí puede pararse en cuantos escaparates se le antojen. Pero, tras un tímido primer intento, desiste. Aunque sólo es ocho de marzo los ventanales gritan verano y carne a los cuatro vientos. Vestidos ultracortos, bikinis brasileños, camisetas a las que les falta una cuarta de tela para cubrir los ombligos... Ha comprobado como mira su marido a otras mujeres más jóvenes y delgadas. Sueña que, a base de pavo braseado, él volverá a mirarla con esos ojos. Por eso no le resulta insípida, ni le hace bola, la pechuga de pavo cuando se la come sola en un banco del Retiro. Desearía que nada de aquello le importara tanto como para hacerla sufrir, y menos unas medias rotas. Mansamente retoma sus obligaciones. Está convencida de que debe rehacer uno de sus informes porque siente que su hambre mancha todo lo que toca. Así que decide borrarlo y empezar de nuevo. Ningún cliente tiene la culpa de que a su marido se le vayan los ojos detrás de otras mujeres. Cuando concluye el nuevo borrador, lo manda a la fotocopidora. En el cuartucho de reprografía, discuten acaloradamente dos tipos de Recursos Humanos. Al verla, parecen cortarse, pero luego vuelven a la carga con más fuerza, al avivárseles el desprecio con su presencia. Por la conversación, intuye que se trata de dos de los elaboradores del plan de igualdad. Acaban de imprimir un manual de buenas prácticas que se esfuerzan en encuadernar. A la lectura del primer punto le acompaña una cascada de risas. El primer punto aconseja que, en los documentos internos de la empresa, dentro de lo posible, como si estuviera pidiendo perdón por adelantado de lo que va a recomendar después, se procurará emplear un lenguaje que permita, a todas las empleadas y empleados, sentirse representados. Más risas y, uno de los dos, el más gracioso, el que menos comprende de

qué va la cosa, añade con un bolígrafo rojo la palabra empleadas. Carcajadas. Tras hacerse plenamente conscientes de su género, les vence el morbo de embaucarla y convertirla en su cómplice. Ellos pueden. Son mayoría. No se cortan y le preguntan qué le parece a ella que una mujer acceda a un puesto gracias a un cupo o que la pena por calzarle una hostia a tu pareja, mujer, sea mayor que si se la arrean a tu compañero de trabajo. ¿Eh? ¿No estarás de acuerdo? Ella contesta que no, qué otra cosa puede responder si quiere que la dejen rehacer el informe para que no delate su hambre. Pero sólo consigue que uno de ellos se venga arriba y cuente que un amigo suyo se ha pasado setenta y dos horas en un calabozo porque a su novia se le ocurrió pasarse por una comisaría tras una visita al médico. “¡Setenta y dos horas!”, exclama ella para congraciarse. Son mayoría. Si ellos afirman que es mucho por un parte de lesiones, es mucho. En los últimos diez años ninguna mujer ha pisado por el consejo de dirección de la empresa; estaban en una reunión inaugural del curso escolar.

Episodio 7. “Las rocas errantes”

Siempre se ha sentido como la pieza de un puzle pendiente de ensamblar. La conversación a los pies de la fotocopidora ha actuado sobre ella como una lluvia fina que amenazaría con esponjarla, con dilatar la masa de papel estrujado del que está fabricada, deformándola e impidiendo con ello que logre encajar en su sitio. No puede consentir que la moje un simple parte de lesiones. A esa hora, en la oficina, aguantan los que nunca consiguen sentirse satisfechos con su trabajo. Ella ha tenido que quedarse porque entre los renglones de su primer informe surgían fantasmas con forma de calamares rebozados. Era un escrito pobre, ejecutado por alguien

al que le fallan las fuerzas. La atmósfera de la oficina, tras la conversación, se le ha vuelto opresiva y decide abrir los balcones, para que entre el aire y arrastre las palabras. Sólo es un parte de lesiones. Muchas tardes, cuando todos se han ido, le gusta asomarse y contemplar la marea de gentes que pasean Gran Vía arriba y abajo. Adolescentes en prácticas de un futuro consumista emergiendo por las escaleras del Primark. Una pareja tonteando cogida de la mano. Ausentes, no sienten vergüenza de magrearse, de meterse mano en mitad de la acera y disfrutar de la primavera de la carne. Porque es ocho de marzo y el calor anuncia su venida, amenazando con tomar las vidas, con aplanarlas contra el asfalto. Pero todavía es primavera y se puede pasear a las seis de la tarde por la Gran Vía. Un par de heavies, melenas al viento, supervivientes de otra ciudad, del Madrid de Obús y Barón Rojo, cruza el paso de peatones en dirección a una tienda que ya no existe. Desde arriba, las melenas no consiguen evitar que se les clareen los cráneos. Un limpiabotas a la puerta de lo que fuera un cine aguarda una clientela que no llega; no comprende que a la gente le traiga sin cuidado llevar los zapatos sucios o, lo que es peor, que use zapatillas de lona que no sabe cómo lustrar. De repente, se cuele en su campo de visión una mujer espectacular. Debe venir del Retiro de hacer deporte porque luce unas mallas con transparencias que le marcan un trasero divino. La sigue un rato, con la mirada y con la envidia. Si ella tuviera un culo como ese, está convencida de que su marido no miraría de reojo los de otras mujeres. Él piensa que no se da cuenta, mientras, ella se pone a régimen y se inventa mil excusas para comerse un bocadillo sola, en un banco del Retiro.

Episodio 8. "Las sirenas"

A las siete y media ha logrado borrar casi todas las huellas de los calamares de su informe. Está a punto de darse por vencida, de darlo por bueno ya, porque aún tiene que llegar a casa y preparar la cena. Aunque ella no vaya a comer merluza a la romana, ellos sí. Les encanta. No soportarían la merluza al horno que va a prepararse para ella. Semejante despliegue culinario exige tiempo, pero las piezas de un puzle no pueden engordar si no quieren quedarse sin su hueco. Cánticos lejanos van acercándose, colándose por los balcones que ella misma abrió para que el aire se llevara el parte de lesiones. "No son muertes, son asesinatos", "Fuera rosarios de nuestros ovarios", "Manolo, Manolito, hazte la cena tú solito" ... Se asoma al balcón y contempla una ola de mujeres que amenaza con mojarla. Asustada, se apresura a cerrar todas las ventanas. En el primer cajón de su mesa, el cajón donde guarda las cosas importantes, hay unos tapones. Dispuesta a concluir su tarea contra viento y marea los introduce en sus oídos. Ya sólo queda un calamar por eliminar.

Episodio 9. "Ítaca"

¿Por qué me sujeta la puerta con esa sonrisa condescendiente y paternalista? ¿Es qué no se ha dado cuenta de que me ha estado pisando la palabra durante toda la reunión? Preferiría que me tuvieran en cuenta antes de tomar decisiones. Las puertas sé abrirlas sola, y cerrarlas.

* * * *

Voy a perder una hora en un desplazamiento que normalmente me lleva poco más de veinte minutos. No sé cómo

consienten que la gente se manifieste un día laborable. A los trabajadores nos hacen la Pascua. O, por lo menos, podrían mandarlas a las afueras. Menudos morros van a tener estos dos cuando llegue. Ya los estoy escuchando protestar. Y con razón, qué culpa tienen ellos del escándalo que han montado.

“No, tu madre no ha probado la merluza. Qué quieres que te diga.”

Ahora me salta el niño que la cena está salada y no piensa comérsela. Ni yo probarla, por eso está salada, porque se me aparecen calamares rebozados. Prefiero no saber a qué sabe lo que me estoy perdiendo. Podían comprenderlo, porque cuando no es una cosa es otra; que si esto pica, que si la cebolla repite... Ya me contarán cómo hago para memorizar una colección de gustos semejantes, porque una no da más de sí. Y encima, después de las prisas, su padre ni ha aparecido. Dónde se habrá metido este hombre. Cada dos por tres le surgen imprevistos en el trabajo y ni avisa. Debe pensar que esto es un restaurante y que estamos siempre con la mesa puesta. Además, después del trabajo que ha costado prepararla, la merluza recalentada no está buena.

* * *

Cuando llega a casa se disculpa por sentirse exhausto. Ha tenido un día largo, eterno, tanto que ha perdido el apetito y prefiere irse directo a la cama. Ella, que lo ha esperado sentada frente al televisor, tejiendo una bufanda para su suegro, se enfada. Está cabreada consigo misma, por ser tan tonta. Se lamenta, pero nadie atiende a sus razones porque todos están cansados, están cansados de que siempre repita la misma letanía. Él intenta consolarla recordándole que se toma las cosas demasiado en serio y que hoy es ocho de

marzo. "Podías haberte ido con tus amigas a la manifestación y entretenerte luego por ahí, tomando algo."

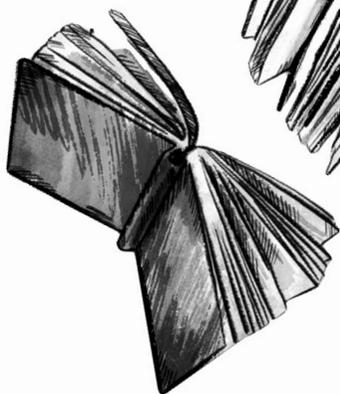
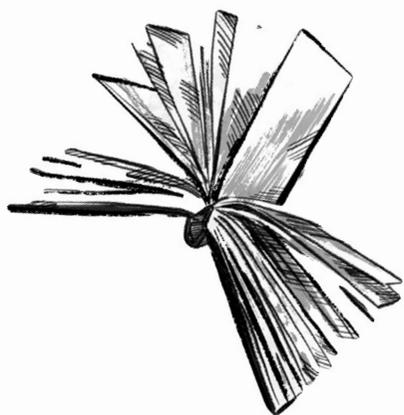
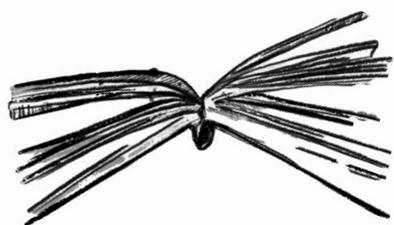
- Con qué amigas. Sabes que nosotras no somos radicales, que a mí ni me gusta el machismo ni el feminismo.

Lo suelta mansa, convenciéndose a sí misma de sus palabras. No, ella no es ni machista ni feminista. Porque si fuera feminista tendría que luchar para que nadie le arrebatara la palabra en una reunión o enfrentarse a dos tipos, a pesar de encontrarse en inferioridad, que se estuvieran riendo del uso de los plurales inclusivos junto a una fotocopiadora. Todo sería más sencillo si hubiera alguna mujer en el consejo de dirección, pero los últimos diez años se los han pasado en reuniones inaugurales del curso escolar. Además, sólo es un parte de lesiones.

Episodio 10. "Ulises"

Mientras Morfeo lo atrapa con su abrazo, fragmentos inconexos de la conversación que acaba de mantener con su mujer en la cocina lo asaltan. Ni machismo ni feminismo. Debe reconocer que, aun teniendo sus más y sus menos, su mujer es toda una señora. Ha tenido suerte de no caer en las garras de alguna loca. En la retina, como fognazos, se agolpan las imágenes del día. Destellos de muslos torneados, liberados al fin de unas mallas estrechas con transparencias, se confunden con la figura de su mujer, de pie en la cocina, echándole en cara que nunca haya asistido a una reunión del instituto. Con lo estupenda esposa que es y las pejiñeras que le entran de vez en cuando. Él recuerda perfectamente que ella se lo prometió. Le prometió que se ocuparía de esas cosas. Recuerda perfectamente las palabras. Le dijo "Sí, quiero".





XVI Certamen
de Relatos Breves
Mujeres

Jurado

PRESIDENTA

PURIFICACIÓN DÁVILA CARREIRA

SECRETARIA

ANA BELÉN CRESPO RIVERA

VOCALÍAS

YURENA GONZÁLEZ HERRERA
ELENA VILLAMANDOS GONZÁLEZ
DANIEL MOLEÓN MONZÓN
DANIEL BERNAL SUÁREZ



YURENA GONZÁLEZ HERRERA

Yurena González Herrera (Tenerife, 1980). Licenciada en Historia, Máster Universitario en Uso y Gestión del Patrimonio Cultural. Escritora y Técnica cultural, se formó como docente, bibliotecaria y agente comunitario.

Desempeña la labor de Agente comunitario especializada en violencia de género e imparte talleres de creación literaria. Ha colaborado en radio y redes sociales con iniciativas que visibilizan y significan la labor de escritoras del ámbito hispánico. Cofundadora de los colectivos internacionales de escritoras Red de Escritoras de Minificción y Somos Mar, forma parte de la Audioteca de Literatura Canaria Actual. Forma parte del Comité Editorial de España de la antología Basta contra la violencia de género. Coorganizó los Encuentros de Escritoras de Minificción en la Librería de Mujeres de Canarias (2012-2015), así como los Jueves literarios en la Biblioteca Pública de la Villa de Candelaria (2017-2018). Fue Secretaria de la Sección de Literatura y Teatro del Ateneo de La Laguna (2017-2018). Textos e investigaciones suyas aparecen publicadas en diferentes ediciones del Simposio Canario de Minificción. Fue colaboradora del Festival de Género Negro Tenerife Noir. Ha participado en numerosos congresos y encuentros literarios de las Islas y ha publicado estudios críticos de literatura canaria.

Textos suyos de creación y ensayo aparecen en numerosas antologías digitales (*Dispare usted o disparo yo*, 2017, Brevilla; *Brevirus*, Brevilla, 2021; *Mosaico*, Parafernalia, 2021; etc.) así como en papel (*Fricciones*, Asoc. Beecham, 2007; *Señales Mínimas*, Ed. Idea, 2012; *Trilogía Somos solidarios*, Idea, 2016; *Avanzando juntos*, ACTE, 2019) y revistas del género de la minificción, como *Plesiosaurio*, *Quimera*, *Nexo*, *Cinosargo*, etc. En 2016 publica *El diablo se esconde en los detalles* en *Escritura entre las nubes* y en 2020, en *Baile del Sol*, Carcoma (finalista del XVIII Premio Setenil).

ELENA VILLAMANDOS GONZÁLEZ

Narradora, poeta, y educadora social. Ganadora del premio de relato corto "Isaac de Vega", año 1996, con el cuento "Trazos interrumpidos" y del Premio de cuentos "Ciudad de Santa Cruz de Tenerife", año 2000, con el conjunto de relatos "Curiosas Ataduras". Primera finalista del III Certamen Internacional de poesía "Mujer y madre" convocado por la Asociación de Escritores de Asturias, año 2020.

Autora de los siguientes libros: la novela "Pasajeros del tiempo" y los poemarios: "Poética y Vida" y "Egipto".

Algunas de sus piezas han sido recogidas en diversas antologías de microrrelatos y de poesía: "Pluma, tinta y papel", "Universo de libros", "Perdone que no me calle", "Mujeres 88. Antología de poetas canarias", "Antología lorquiana 2018-2019. Tomo III", "Antología para un aquelarre", "San Borondón. Un viaje literario" y "Microfantabulosas". Incluida en varios libros de investigación y análisis de la literatura en Canarias, tales como "Escritoras en su estudio" y "Antología de 100 escritoras canarias".

Miembro y colaboradora de diferentes asociaciones de escritores como ACTE o POETAP. Participa activamente en recitales de poesía, presentaciones de libros, charlas y mesas redondas sobre igualdad y visibilidad de las mujeres escritoras en canarias. Reseña obra escrita por mujeres en suplementos de periódicos y en revistas enfocadas a la literatura y al arte. Autora invitada en actos como el "Libro Forum Canario", el recital de poesía "Voces del extremo", el espacio de debate "Tenerife Violeta", el "Diálogo de letras LGTBIQ+ de Canarias" y el Recital de poesía intergeneracional "Épica". Ha colaborado para el suplemento cultural "El perseguidor" del Diario de Avisos y para la revista digital "Dragaria", entre otros.

Ha impartido talleres de escritura creativa para jóvenes en el TEA. Actualmente imparte talleres de creación literaria para adultos en distintos espacios y es directora del taller de lectura, análisis e iniciación al texto dramático.

Ha sido incluida en el programa Escritores desvelados puesto en marcha por la Biblioteca Pública del Estado de Santa Cruz de Tenerife y también en el programa "Audioteca de Literatura Canaria Actual" con el cuento "Con acento en la e", impulsado y promovido por el Gobierno de Canarias a través de Canarias Cultura en Red.

DANIEL MOLEÓN MONZÓN

Natural de Maspalomas, Gran Canaria. Graduado en Lengua Española y Literaturas Hispánicas y masterado en Formación del Profesorado de Educación Secundaria y Bachillerato, Formación Profesional y Enseñanza de Idiomas por la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, acreditado en el uso de Entornos Virtuales de Aprendizaje (EVA) por la DGOIC. Complementa su formación con varios cursos sobre literatura e innovación educativa, campo en el que continúa su formación e investigación.

Funcionario del Gobierno de Canarias, actualmente ejerce como docente en un instituto de Enseñanza Secundaria y Bachillerato en Taco, Tenerife, impartiendo las materias de Lengua Castellana y Literatura, de Prácticas Comunicativas y Creativas y coordinando el eje de Educación Ambiental y Sostenibilidad de la Red CANARIA-InnovAS del IES Marina Cebrián. También ha trabajado en la docencia de adultos, impartiendo clases de GES y Bachillerato en la Fundación Radio ECCA.

Ha ganado el 1º premio del concurso literario "Disfraces de libro" de la ULPGC (2011).

Ha sido ponente en el seminario *Jóvenes investigadores* de la Casa-Museo Tomás Morales con su trabajo de investigación de final de grado *Mi piba es posesiva: Internet y el español de Canarias*.

DANIEL BERNAL SUÁREZ

Escritor, crítico literario y gestor cultural. Ha recibido, entre otros, los premios de poesía Ciudad de Tacoronte (2008), Luis Fera (2011), Pedro García Cabrera (2013) y Nuevas Escrituras Canarias (2019). Ha publicado los poemarios *Escolio con fuselaje estival* (2011), *Corporeidad* (2012), *Odiana* (2014), *El tiempo de los lémures* (2014) y *Meditaciones del pez austral* (2020), y el volumen de microrrelatos *Manual de crucificaciones* (2019).

Textos suyos –críticos y de creación– han sido publicados en una veintena de medios y revistas especializadas de España e Hispanoamérica. Ha sido incluido en las antologías *Identikit. Muestra de poesía española reciente*, *Poesía Canaria Actual* y *El pescador de letras*.

Dirige la revista *La Salamandra Ebria* (lasalamandraebria.com). Ha impartido talleres de creación literaria en diversos espacios. Fue presidente de la Sección de Literatura y Teatro del Ateneo de La Laguna en el bienio 2017-2018 y ha ejercido labores de producción en distintos festivales de Canarias.

XVI CERTAMEN DE RELATOS BREVES -MUJERES-



Santa Cruz de Tenerife
AYUNTAMIENTO